

Ilustracion Artística



Año XIII

BARCELONA 13 DE AGOSTO DE 1894

Núm. 659



Margheritina.

BUSTO EN MÁRMOL de Miguel Blay
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Los soldados de la Independencia. El cura de Villoviado*, por Eduardo Zamora y Caballero. — *Gente de Madrid. Daniel y el amigo de Daniel*, por Carlos Frontaura. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *La tía Elvira*, por Jorge Clatron, con ilustraciones de Alejo Vullon (hijo), traducido por Enrique L. Verneuil. — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Curioso experimento de electricidad. Iluminación de una naranja.* — *Los ferrocarriles en los Estados Unidos.* — *Los tranvías eléctricos.*

Grabados. — *Margheritina*, busto en mármol de Miguel Blay. — *Monumento erigido a la memoria del príncipe Amadeo de Saboya en la Cavalechina, cerca de Custozza*, obra del escultor Bordini. — *Mañana de invierno*, cuadro de Emilio Sánchez Perrier. — *Entierro de un niño en el Zuiderzee*, cuadro de Sherwood Hunter. — *La Santa faz*, alto relieve en mármol de Pedro Carbonell. — *Pensativa*, estatua de Félix Pardo de Tavera. — *La nueva catedral de Berlín*, proyecto de Julio Raschdorff. — *Virginus inmolando a su hija*, grupo en yeso de Rafael Atché. — *D. Vicente Palmaroli*, actual Director del Museo de Pinturas de Madrid. — Figs. 1 y 2. Experimento de la naranja electrificada realizado en el laboratorio de Física de la Sorbona. — *JA ésel.*, dibujo original de Carlos Arregui.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Los problemas territoriales contemporáneos explicados por los sucesos históricos de tiempo inmemorial. — Cómo lo ahora sucedido en las razas y en los continentes y en los pueblos se une y enlaza con sucesos que suben a los viejos tiempos. — Reflexiones históricas. — Aplicación de estas reflexiones al encuentro de China y el Japón en Corea. — Complicaciones de este grave asunto. — Conclusión.

I

Para comprender una parte considerable de los problemas territoriales contemporáneos, hay que subir a su planteamiento y origen. Muchas guerras del siglo décimonono provienen de trascendentales luchas sucedidas bien lejos, allá en el siglo v. Si el imperio de Oriente no ha dejado jamás de ser griego, aunque lo fundara un emperador romano; si al establecer los dos hijos del español Teodosio, Arcadio y Honorio, sus sendas sedes imperiales en Ravena y en Bizancio, restablecieron la incontrastable antítesis entre Oriente y Occidente, que no pudo resolver en una síntesis superior ni el genio de Alejandro ni el genio de Roma; si, hoy mismo, desde las costas del mar Adriático a las costas del Asia Menor la cultura toda parece griega, como desde las costas del Adriático al estrecho de Gibraltar parece latina, ¡cuánto más no resaltaría esta consecuencia de los hechos históricos en la distribución de los pueblos bárbaros, así germánicos cual mogoles y eslavos, por todo nuestro continente fragmentado en pueblos latinos, griegos, celtas, tártaros, musulmicos, sajones, escandinavos, eslavos! El martirio de Polonia resulta para una gran parte de las razas como necesario desquite a la cruel dominación polonesa sobre Rusia, con especialidad sobre aquel territorio conocido con el nombre de pequeña Rusia. Si Alejandro III está empeñado en rusificar las provincias alemanas del Báltico, da por excusa que los germanos quedaran en costas pertenecientes a la inundación eslava; y si Bismarck está empeñado en germanizar las provincias eslavas del ducado de Posen, da por excusa que los eslavos descendieron aque de la corriente del río Elba, país esencialmente germánico. Las grandes cuestiones cheques, recrudescidas hoy mismo en las dietas austriacas, en las calles y en las universidades de Praga, suceden por haber los esclavos penetrado en el cuadrilátero de Bohemia, que los alemanes creen indispensable a su completa seguridad, y no fiarán jamás, sino después de una guerra gigantesca y de una derrota irreparable, a pueblos consanguíneos de Rusia. El rumano de Transylvania, soberbio al noble sentimiento de su origen hispano-latino, como el eslavo de Croacia no menos soberbio al sentimiento de su parentesco estrechísimo con las razas primeras de nuestro continente, por sentir sangre indo-europea en sus venas, aborrecen al magyar, heredero del feroz Atila y emparentado con el gran turco, a causa de su sangre mogólica. Y sin embargo, por el magyar, por su espoleo a las razas germánicas, explícate la presencia de los eslavos, así en la península de los Balkanes como en el cuadrilátero de Bohemia, y su rebosamiento de los antiguos límites naturales rusos y poloneses sobre las tierras germánicas. Tal inmanencia de los tipos antiguos y de los viejos hechos queda en toda Europa. Las tribus normandas, entrevistadas por Carlomagno en su agonía como un azote al frágil imperio romano restablecido por su genio político y guerrero, y generadoras del feudalismo,

constituyen hoy los pueblos escandinavos del Norte y la grande aristocracia feudal de Inglaterra. El celta de Irlanda guarda hoy su odio secular al normando y al sajón, los dos factores componentes de la familia británica. El sajón puro y el germano puro se apartarán de Roma en el mundo antiguo y en el mundo moderno, mientras el franco, de origen germánico también, como alemanes y sajones, respetará mucho la vieja Roma, sostendrá el catolicismo con su Clodoveo, lo propagará en España con sus princesas, donará su patrimonio al sucesor de San Pedro por mano de Pipino, y por Carlomagno restablecerá el imperio que debe dividirse con el Pontífice católico nuestra Europa. Y mientras tanto vendrán a España los bárbaros más imbuídos del espíritu y del carácter oriental, es decir, los godos, aquellos más civilizados, quienes podrán escribir el *Fuero Juzgo* y comprender la *Enciclopedia* de San Isidoro, por hallarse de antemano en contacto, entre todos los irruptores, con nuestro genio propio y con el ministerio que debemos desempeñar y el fin que debemos cumplir en la civilización europea. Y por estas concausas, así en las tierras del Norte como en las del Mediodía y así al Oriente como al Occidente de nuestra Europa, llevan los problemas europeos datos contenidos en ellos desde los días del siglo v.

II

Si los normandos concluyeron a una con el imperio occidental, trocándolo de jefatura efectiva, como la desempeñada por Carlomagno, en jefatura nominal, como la desempeñada por sus célebres sucesores los sacros cesáres de Alemania, y los búlgaros y los serbios, en general, los eslavos, concluyeron con el imperio de Oriente, reduciéndolo a Constantinopla y sus anejos, debilitándolo mucho en Servia, en Bulgaria, en Macedonia, en Dalmacia, en todos los pueblos greco-eslavos; a cambio de todo esto, creció la Iglesia cristiana por medio del Pontificado católico. Allí donde terminaron las conquistas de César en Bretaña y en Germania, comenzaron las conquistas del Papa. Las magníficas islas, domadas por los sajones y esclarecidas por los evangelizantes, engendraron aquellos misioneros encargados de penetrar por las selvas boreales del continente y traer a la Iglesia romana pueblos jamás sometidos por el romano imperio. No importó el cisma de Oriente; la Iglesia católica pudo concentrarse así en el Occidente y en el Norte, dando mayor unidad al espíritu moderno en la Edad media y mayor disciplina saludable a tantas tribus como necesitaban en su barbarie primitiva de tan ilustre dirección. Mas casi al tiempo mismo que se caía el imperio cristiano de Occidente y que se dilataba el imperio cristiano de Oriente, surgían dos imperios musulmanes mantenidos por la privilegiada gente árabe, surgía el imperio de los Omníadas en Córdoba y el imperio de los Abasidas en Bagdad, ambos a dos con aires de grandes y religiosos califatos. Estos dos imperios pretendieron, el uno por Oriente y el otro por Occidente, disputar al genio cristiano y occidental el dominio de nuestra Europa. En Occidente inundaron toda nuestra península, y se necesitara tanto de Carlos Martel como de climas poco apropiados a la complexión árabe para detener aquella ola en los campos de Poitiers. Por Oriente no podían llegar, ni uno ni otro imperio, a las puertas de Constantinopla y de Atenas; pero se posesionaron de muchas islas en los mares griegos disputadas a su poder por los venecianos, y llegaron a constituir en Sicilia una civilización tan brillante como la misma civilización andaluza. Esta, cuyas artes y ciencias compitieron indudablemente con las más luminosas de todos los siglos, mantuvo, en el terror teocrático de tiempos muy oscuros, el estudio de la naturaleza y el amor a la naturaleza, enlazando con esmaltado y damasquinado anillo las ciencias antiguas con las ciencias del Renacimiento. Pero proclamando estos servicios de la civilización árabe, no podemos desconocer cómo el principio fatalista encerrado en sus dogmas ha traído su rápida decadencia y ha gangrenado en la servidumbre y en el fanatismo territorios hermosos y pueblos privilegiados del planeta. Lo cierto es que las tres ciudades generadoras del cristianismo en su primera fase, las tres, Jerusalén, depositaria de la idea divina; Bizancio, erigida contra el paganismo incurable de Roma, y Alejandría, en cuyos sistemas platónicos y sincréticos encontró nuestra teología su eterna metafísica, las tres pertenecen hoy a los musulmanes, ya semitas, ya mogoles. Y no trae pocas aflicciones a nuestro siglo esta dominación del Alcorán en las tierras del Norte de Africa y este culto prestado al Alcorán, así en la basílica de Santa Sofía, tan humillante para todos los griegos, como en la mezquita de Omar, próxima de antiguo al sepulcro del Salvador y tan humillante para todos los cristia-

nos. Cuando en el octavo siglo ganaban los árabes en el Guadalete y en el Guadalquivir y en el Guadiana y en el Tajo sus fáciles victorias, y cuando en el siglo XIII entraban los mogoles en Jerusalén, ¿quién les hubiera dicho que las consecuencias de sus esfuerzos y de sus triunfos habían de venir hasta nosotros y pesar sobre un siglo como nuestro siglo XIX y también sobre una gente como nuestra gente europea?

III

A miles en verdad saltan y resaltan preguntas análogas, así que convertimos el pensamiento a China y al Japón, según piden los recientes hechos de Corea, que absorben hoy la general atención y trascienden por necesidad indeclinable a todos nuestros problemas territoriales y a todos nuestros intereses marítimos. Daríase de calabazadas contra un enigma el temerario metido a explicar los hechos del día, si acaso ignoraba todos los antecedentes generadores de tales hechos en el tiempo y en el espacio, es decir, la geometría é historia de Corea. El problema dilucidado ahora frisa por su antigüedad con los primeros siglos de la península. Cambia en su aspecto exterior; no cambia en sus términos capitales. Colgada Corea del continente por montañas fronterizas al imperio Chino, y rodeada por los mares de tal imperio, así como por los mares del archipiélago japonés; a pesar de su aislamiento, connatural a todas estas tribus orientales, enemigas del extranjero, a quien sólo comprenden ellas ó en la esclavitud ó en la guerra; brisas misteriosas del cielo, y palpaciones sordas del Océano, y afinidades invencibles de sentimiento, y reclamos del interés ó de la curiosidad, y hasta en cierto sentido y de cierta manera odios instintivos y empeños del combate por la vida, rompen los círculos mágicos en que desea encerrarse, y la llevan, como a las especies nómadas y viajeras, donde no quería ir, en esa grande química del Universo que reúne las electricidades opuestas, y magnetiza nuestro meridional aire con las boreales auroras del polo, y forma las atmósferas de vida con gases que algunos dan la muerte, y saca de sus fuerzas opuestas, combatiendo en perdurable contradicción, el concierto de las esferas y la universal armonía. Así es que, viejos sus orígenes históricos de tres mil años, no sabemos a ciencia cierta quién ha ocupado primero aquellos territorios en los comienzos de su civilización y en la cuna de sus sociedades, ni quién ha sometido los unos a los otros en las competencias seculares que la fábula y la mitología encubren tras sus poéticas nieblas y el misterio rodea en sus indecisos é indefinibles contornos. El Japón y la China se disputan paternal tutela sobre Corea, la cual data de seiscientos años, según ellos; y luego aparece que siete siglos antes de nuestra redención un hijo del rey de Corea se personó en el Japón pidiendo desde su frágil esqui al todopoderoso Mikado una carta de naturalización, por éste concedida, y de la cual provino aristocrática familia, nunca olvidada de su origen, pero siempre fiel a su nueva patria.

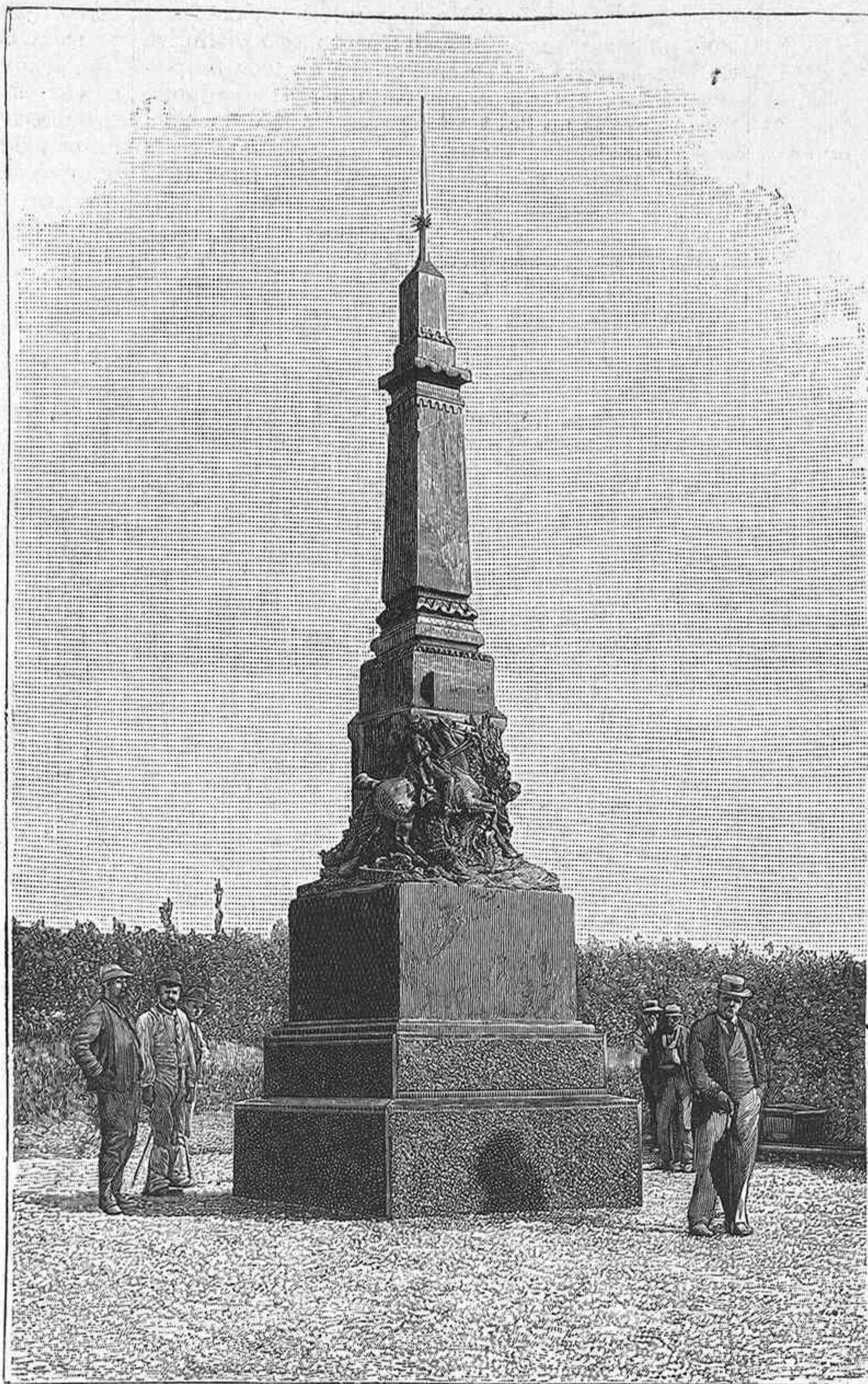
IV

A este respecto nada tan curioso cual unos informes que con el expresivo nombre de Motoyosi-Zauzan publican los periódicos ingleses sobre las relaciones históricas del Japón antiguo con sus tribus vecinas; y entre tales curiosidades, la mayor para mí es la fábula de su emperatriz conquistadora, una especie de Semíramis, tal como la cuenta el buen japonés que he mencionado. Reinaba esta mujer sobre el Japón, acompañando en trono y hogar a un monarca por todo extremo valeroso. Mas como las tribus del Oeste, inquietas y levantiscas de suyo, se sublevaran, acudió en armas éste con grandísimo golpe de gentes a subyugarlas, acompañado siempre de su hermosa compañera. Mas un oráculo nacional, que hablaba desde un templo escogido por la gracia de nacional dios mayor, le disuadió de aquella inútil empresa en su propio reino y le persuadió a buscar más hacia Occidente y en los senos del mar la tierra de los tesoros, donde hallaría las tribus extrañas que dominar con su simple presencia y riquezas múltiples que recoger a flor del suelo. Desconfiado y escéptico; de ánimo valeroso dentro del imperio, mas de voluntad flaca para la empresa de abandonarlo é ir allende los mares, el requerido emperador subió a la más alta montaña de su isla, y mirando los extremos cardinales del cielo, no vió la tierra de tesoros prometida por el oráculo. Esta duda le llevó primero a la derrota, después a la muerte. Advertida por tal escarmiento la emperatriz, ocultó el trance último de su esposo, enterrándolo con secreto sigiloso en el palacio de Tagoura, y yéndose al puerto

de Kassial y bañándose allí para que los dioses le fueran propicios, se ciñó las dos trenzas de su largo cabello como una diadema imperial á su frente y las ocultó bajo una gallarda cimera, se vistió armadura litúrgica y se asió á las armas imperiales, hasta que á la postre armó una flota y se partió en guerra contra Corea, con el empuje y con el estro de una diosa marina. Su marido había dejado encinta y se aproximaba la hora de dar al mundo aquel engendro de su amor que había de traer al imperio póstumo heredero. La emperatriz pidió al cielo que le auxiliara en la ocultación de su embarazo y que le permitiera no parir hasta después de su regreso. Dicen las crónicas que oprimió su abultado vientre con dos piedras y que se presentó en Corea tras tal estratagemata con un ejército tan poderoso que la península se rindió sin resistencia y el tributo se fijó y se cobró sin esfuerzo. Vuelta la emperatriz declaró su viudez hasta el triunfo ignorada, y dió á luz el príncipe nacido al instante del regreso.

V

Los japoneses confiesan que deben á Corea el arte y la religión. Todas las penínsulas han servido por sus largas costas y sus adyacentes islas á estas irradiaciones efusivas de las ideas y á esta comunicación interna de las razas. El Asia no hubiera irradiado sobre Occidente sin la península fenicia; el centro de nuestra Europa no hubiera conocido la vieja cultura que lo ennoblece y distingue sin la península helénica; el Occidente nuestro sin la península itálica, y el Occidente último, el Nuevo Mundo, América, sin la península española. Corea, por esta condición de península, envió al Japón sus sacerdotes, sus médicos, sus artistas, ó sea religión, ciencia, industria y arte. Así nos han las tradiciones conservado en sus anales el año inolvidable y feliz en que recibió el gusano de seda, el precioso artífice á cuya delicada labor debemos el más bello de los filamentos con que puede cubrirse la desnudez humana por su lustre y por su finura. En 859 llegó el bombox, pues, desde los campos coreanos al ar-

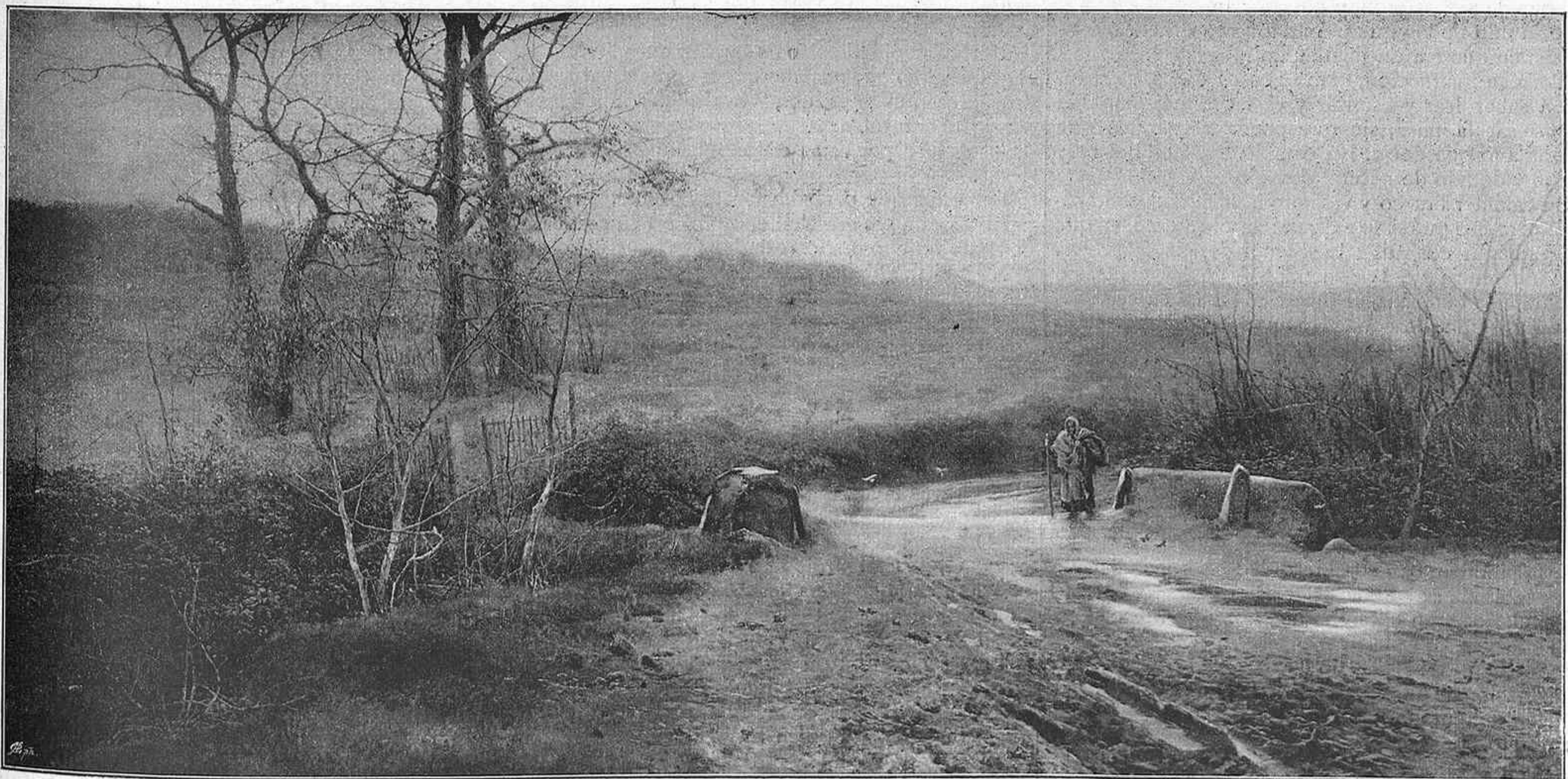


Monumento erigido á la memoria del príncipe Amadeo de Saboya en la Cavalchina, cerca de Custozza, obra del escultor Bordini

chipiélago japonés. Todos estos hechos demuestran las estrechas relaciones entre la península y el archipiélago vecino. Y como estas relaciones toman varios

aspectos y tienen una ramificación grandísima en Asia, cúmplenos decir que los tributos exigidos por la reina japonesa, cuyas glorias hemos arriba mencionado, habían caído en desuso, hasta que se levantó el caudillo japonés Taiko, de cuyo nombre gloriosísimo se ha formado la dignidad Tai-Kun, que manda los ejércitos de mar y tierra japoneses, el cual, arremetiendo con la península, supo someterla, y yendo á China por tierra hubiérala también sometido, si la muerte no le ataja el paso en su triunfal carrera y no le derriba cuando tocaba con sus manos la merecida victoria. Los héroes lusitanos, que tanto relampaguearon en los mares indo-chinos al terminar la Edad media, fueron el prototipo en que Taiko se inspiró, y aun se dice que un misionero portugués le acompañaba y abría el camino á sus expediciones con la llave mágica de sus conocimientos geográficos y astronómicos, los cuales á una le daban maravillosas aptitudes para conocer secretos del cielo y afirmar con seguridad sus plantas en la tierra. Merced á todo esto, las relaciones entre Corea y el vecino reino de Siam y la isla nuestra de Luzón se fueron tramando con tal felicidad y acierto, que así como quedó cual un modelo de generales el conquistador japonés de Corea Taiko, quedó cual un modelo de políticos el aventurero japonés Najamasa, quien habiendo intentado conquistar la isla Formosa él solo, frustrado su intento, se acogió á los siameses, y con su industria llegó hasta ponerse á su cabeza y coronarse su rey. Como este drama de la guerra entre China y el Japón por el respectivo predominio sobre Corea debe tener muchas incidencias, he querido invocar tales recuerdos, traer á las mentes todas esas premisas, para que pueda verse cómo, si ahora entran en batalla los dos imperios amarillos, el terrestre, China, y el marítimo, Japón, podrían entrar mañana dos pueblos europeos, el mayor entre los terrestres, Rusia, y el mayor entre los marítimos, Inglaterra. ¡Dios los tenga de su mano, pues podría desquiciarse bajo tal choque nuestro planeta y obscurecerse al humo del incendio y al vapor de la sangre los resplandores de nuestro mismo cielo!

Madrid, 7 de agosto de 1894.



Mañana de invierno, cuadro de Emilio Sánchez Perrier (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

EL CURA DE VILLOVIADO

Casi todos los personajes que intervinieron en la sangrienta y porfiada guerra de la Independencia son curiosísimos, desde el famoso alcalde de Móstoles que dió la señal del alzamiento con aquel manifiesto, fechado en 2 de mayo, que decía textualmente: «Madrid perece *viltima* de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle,» hasta Espoz y Mina, que logró reunir y organizar un ejército, con el cual, no sólo dió y ganó batallas campales, sino que persiguiendo á los vencidos, pasó la frontera en varias ocasiones, alojándose con sus tropas en los pueblos franceses del otro lado del Pirineo; pero uno de los que más llaman la atención es el cura de Villoviado D. Jerónimo Merino, que tanto renombre alcanzó en aquellos tiempos y á quien nos proponemos dar á conocer en este artículo.

* * *

Villoviado, donde ejercía la cura de almas, es un pueblo de poco más de cien vecinos, perteneciente á la jurisdicción de Lerma, provincia de Burgos.

Merino había sido en su niñez pastor de cabras, y apacentando su rebaño en aquellas ásperas montañas se formó su carácter, duro como las peñas y agreste como los paisajes que contempló toda su vida. No sabemos si por natural ambición de sus padres ó porque el chico era en sus primeros años débil y enfermizo, es lo cierto que lo apartaron de su ganado y lo encajaron en casa de un dómine, donde aprendió á leer y escribir y un poco de latín. Dícese que cayó soldado, y mal avenido con la disciplina militar, desertó de las filas y volvió á su pueblo y á apacentar su rebaño, hasta que habiendo fallecido el cura párroco, resolvió aspirar al curato, y después de una preparación de diez y ocho meses obtuvo las sagradas órdenes y se encontró hecho pastor de almas, sin dejar de serlo de cabras, porque dueño de unas cuantas, él mismo las apacentaba cuando era necesario.

De mediana estatura, muy moreno, enjuto de carnes, con ojos negros, cabello áspero y muy poblado, sumamente ágil, hacía gala de no haber leído nunca ningún libro, ni disparado jamás su escopeta sin dar en el blanco. Cazador incansable, pasaba su vida en el monte y conocía todas las trochas y veredas del país mejor que los pastores y leñadores más hábiles, de suerte que podía recorrer con los ojos vendados, no sólo las inmediaciones de su pueblo, sino todos los pinares y sierras de Quintanar y Soria. Con la escopeta al hombro hacía jornadas de siete y ocho leguas sin que al regresar á su casa sintiera la menor fatiga, y cuando no quería ir á pie, trepaba á caballo por los vericuetos más escarpados y galopaba tranquilamente al borde de los precipicios, porque todos los que le conocieron, y nosotros hemos llegado á tratar á uno de los que pelearon á sus órdenes, convienen en que era un jinete admirable.

Toda su instrucción, como hemos dicho, se reducía á saber leer y escribir y el latín indispensable para rezar la misa, sin que pueda asegurarse que entendía lo que decía. En cambio era hombre muy astuto y dotado de natural despejo.

Su carácter brusco y violento le hacía poco simpático; pero sus puños le aseguraban el respeto, ya que no pudieran conquistarle el amor de sus feligreses.

A diferencia de la generalidad de los curas, no tenía ama ni sobrina ni mujer alguna á su servicio. El único que vivía con él era un criado, mitad sacristán, mitad compañero de caza.

Era muy sobrio. No probaba nunca el vino ni los licores espirituosos, y su comida se componía de sopas de ajo, un buen trozo de carne fiambre, un poco de queso de oveja y un vaso de agua. Con esto y dos jícaras de chocolate, una por la mañana y otra por la noche, se mantuvo siempre, lo mismo cuando desempeñaba su curato que cuando estuvo en campaña.

Los franceses, que hicieron de él muchas caricaturas, le pintaban con sombrero de teja, ropa talar, un gran sable de caballería, pistolas en el cinto, muchos escapularios y un enorme crucifijo en la mano.

Todo era completamente falso, y á la verdad no necesitaban los artistas de la nación vecina poner la imaginación en prensa, para obtener una estrambótica imagen del cura guerrillero. Bastábales haber hecho su retrato.

Ni en paz ni en guerra vestía ropa talar. Llevaba generalmente pantalón de pana, chaleco de seda negro, chaqueta de paño del mismo color y sombrero de copa, al que tenía tal afición que no se lo quitaba ni para andar por casa. Cuando repicaban gordo, en

lugar de chaqueta usaba una gran levita, y entonces solía ponerse alzacuello. Este era el único distintivo de su ministerio que se encontraba en toda su persona. Para montar á caballo calzaba un solo espolín y en campaña no llevó más armas que la escopeta á la grupa del caballo y un buen látigo, que esgrimía indistintamente contra los suyos, si se mostraban rehacios en el cumplimiento del deber, y contra los enemigos que se ponían á su alcance en las cargas de caballería. El sombrero le servía de archivo, y en él guardaba la escasa correspondencia que durante la guerra mantuvo con las autoridades españolas.

* * *

Desde que se verificó la invasión francesa y, sobre todo, desde que se inició la guerra con el glorioso y terrible combate del 2 de mayo, en las calles de Madrid, seguido casi inmediatamente del levantamiento de Andalucía y de la memorable batalla de Bailén, en todas las provincias se alzaban en armas fuerzas más ó menos importantes, dispuestas á luchar contra los invasores, en quienes veían á la vez enemigos de la Religión, del Rey y de la Patria.

El odio á los franceses germinaba por todas partes, y más principalmente en aquellas poblaciones sobre las cuales se dejaba sentir con mayor pesadumbre el yugo de los conquistadores, que dominaban la nación desde antes de haber combatido. Entre éstas, las que más padecían eran las que se encontraban sobre la antigua carretera de Francia, surcada continuamente por tropas y convoyes del ejército imperial, que imponían á los pueblos molestias y vejaciones sin cuento, como sucede en todas las guerras, sobre todo cuando las hacen soldados franceses, que suelen pecar de descomedidos é insubordinados.

Uno de estos pueblos era Villoviado, donde ejercía la cura de almas D. Jerónimo Merino.

El día 15 de enero de 1809 se alojó en aquel pueblo una pequeña columna de tropas imperiales, pidiendo para el día siguiente, en que debía continuar su marcha, un número de bagajes tan considerable, que al pobre alcalde le fué imposible proporcionarlos. Irritados los jefes franceses por esta contrariedad y quizás por haber advertido en los vecinos marcados sentimientos de hostilidad, imaginaron *la gracia* de que los hombres válidos del pueblo sustituyeran á las acémilas, llevando á hombros hasta Lerma los equipajes é impedimenta.

Pusieron por obra su pensamiento, apresando á viva fuerza á todo el que les vino á las manos; y uno de ellos fué Merino, á quien ni sus protestas, ni su resistencia, ni los fueros de su sagrado ministerio libraron de prestar tan humillante servicio.

Cargado con el bombo, un chinesco y los platillos hizo el cura su jornada entre las burlas y cuchufletas de la soldadesca.

Fácil es comprender el efecto que causaría aquel ultraje en hombre tan poco sufrido como D. Jerónimo.

Llegados á Lerma, los presos recobraron su libertad.

Merino arrojó al suelo su carga, y encarándose con el grupo de jefes y oficiales que le contemplaban riéndose, cruzó ambas manos, y besándolas repetidas veces, gritó con rabia:

— ¡Os juro por estas cruces que me la habéis de pagar!

Los otros que probablemente no entenderían sus palabras, aunque era fácil comprender su ademán, le contestaron con una carcajada.

No podían adivinar en aquel momento cuánta sangre les había de costar el juramento de tan ridículo personaje.

* * *

No tardó más de veinticuatro horas el bravío y montaraz sacerdote en salir á campaña con su criado. Armados los dos con sus escopetas, recorrían montes y cañadas, espiondo el paso de los franceses, y rezagado que se les ponía á tiro era hombre muerto. Desde el primer día, Merino empezó á titularse comandante general de la provincia y bautizó su fuerza, que en una semana llegó á componerse de diez ó doce hombres, con el pomposo nombre de «Ejército español de Castilla la Vieja:» en cuanto tuvo unos cuantos caballos para montar á los que sabían, les llamó «Regimiento de húsares de Burgos.» Uno de estos húsares fué D. Ramón Santillán, hijo del escribano de Lerma, á quien todos hemos conocido, en el reinado de doña Isabel II, siendo ministro de Hacienda y gobernador del Banco de España.

Procediendo desde luego como si se encontrara al frente de un gran ejército, redactó una especie de ordenanzas, estableciendo entre su gente la más se-

vera disciplina, y comenzó á entenderse con alcaldes y jueces, comunicándoles órdenes que generalmente obedecían, unos por patriotismo y otros por miedo. Cuando su partida apenas constaba de sesenta ó setenta hombres, trató de potencia á potencia al general conde de Dorsenne, que mandaba en Burgos en nombre de José I. Dictó un bando la autoridad extranjera, ordenando que los españoles que sin pertenecer al ejército regular fuesen cogidos con las armas en la mano, se les considerara bandidos y se les fusilara sin más que identificar las personas. Merino contestó á este bando con otro en que se declaraba que todos los españoles eran soldados de la patria y se ordenaba que por cada uno de ellos que sufriese la pena de muerte fueran fusilados tres franceses. Uno de los primeros ejemplares de este bando lo remitió al conde de Dorsenne.

La partida del cura Merino, á quien por entonces llamaban los patriotas *el Cid de Castilla la Vieja*, fué creciendo en número é importancia, llegando en poco tiempo á formar una brigada de más de dos mil hombres, organizados militarmente. Con esta fuerza, relativamente considerable, el valiente cura de Villoviado, á quien la junta de Sevilla y el gobierno que luego se estableció en Cádiz otorgaron varios grados en el ejército, hasta concederle el de brigadier, se arrojó ya á grandes empresas, todas coronadas por el éxito más brillante, pues conociendo á palmos el terreno en que operaba, contando con el apoyo de los pueblos que le facilitaban toda clase de recursos y le tenían al corriente de cuantos movimientos intentaba el enemigo, y disponiendo de gente bizarra y dura, capaz de realizar las marchas más penosas y de cruzar por parajes donde ninguna otra fuerza armada se atrevería á penetrar, podía hacer la guerra de montaña con notoria ventaja.

Una de las acciones más brillantes del cura guerrillero fué la sorpresa de Quintana de la Puente, pueblo situado en la calzada que va desde Valladolid á Burgos, á una jornada corta de Aranda de Duero. Allí se apoderó del tren de batir que los invasores destinaban al sitio de Ciudad Rodrigo y se componía nada menos que de ciento diez y ocho furgones y una porción de carros, cargados con cañones de á veinticuatro, balas, bombas, granadas y demás útiles propios para el servicio de la artillería. En este combate, que fué largo y sangriento, los franceses perdieron seiscientos hombres entre muertos y heridos, es decir, casi la totalidad de la escolta del convoy.

Aquella hecatombe produjo tal efecto, que el gobierno del rey intruso destinó tres generales, Kellerman, Roquet y Dorsenne, á la persecución del cura. D. Jerónimo supo burlar á los tres cuerpos, con tan rara habilidad, que sólo consiguieron darle alcance cuando á él le convenía hacerles frente, para aprovechar ventajas del terreno.

No hemos de hacer la historia de la guerra, que todos nuestros lectores conocen. Sólo diremos que Merino prosiguió haciéndola hasta su terminación con igual fortuna.

Justo es consignar que uno de los más eficaces auxiliares que tuvo el cura en sus campañas fué el abad de Lerma D. Benito Taberner, que murió siendo obispo de Solsona, el cual le facilitó siempre grandes recursos, no sólo de las rentas de la Colegiata, sino de las suyas propias.

* * *

Terminada la guerra é instalado en el trono Fernando VII, Merino pidió un empleo militar, pero el monarca no quiso concedérselo y recompensó sus servicios nombrándole canónigo de Valencia.

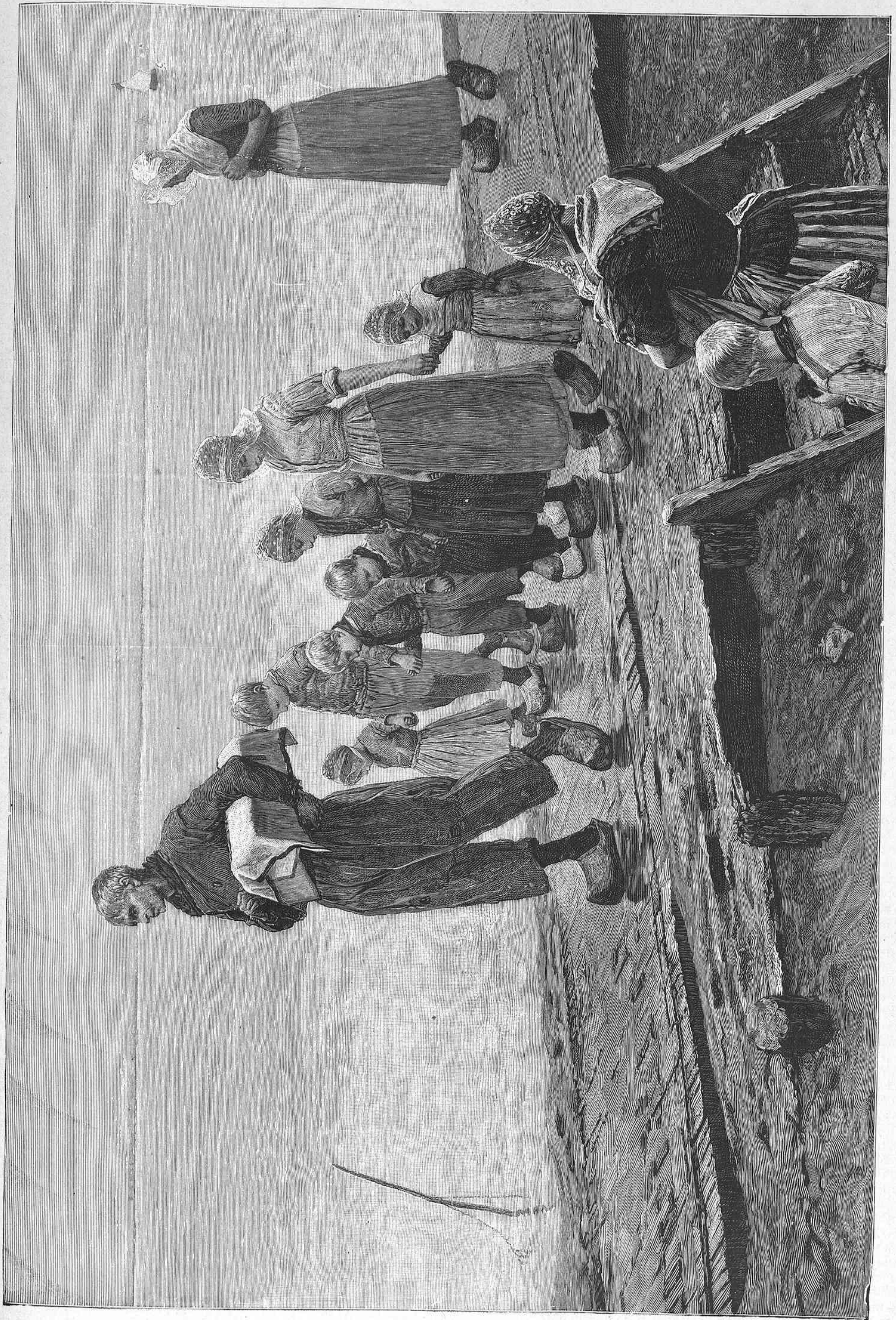
No tenía D. Jerónimo ninguna de las aptitudes necesarias para ocupar la silla de un coro. Así es que la conservó poco tiempo. Enterado de que sus compañeros le hacían objeto de sus burlas y murmuraciones, llenó un día de insultos al Cabildo, y sacando de debajo de la sotana un par de pistolas, en poco estuvo que las disparase contra los aterrados canónigos que huyeron por la llamada puerta de los Apóstoles.

Después de este escándalo se marchó á Villoviado, donde seguía cobrando su asignación y dedicándose á la caza.

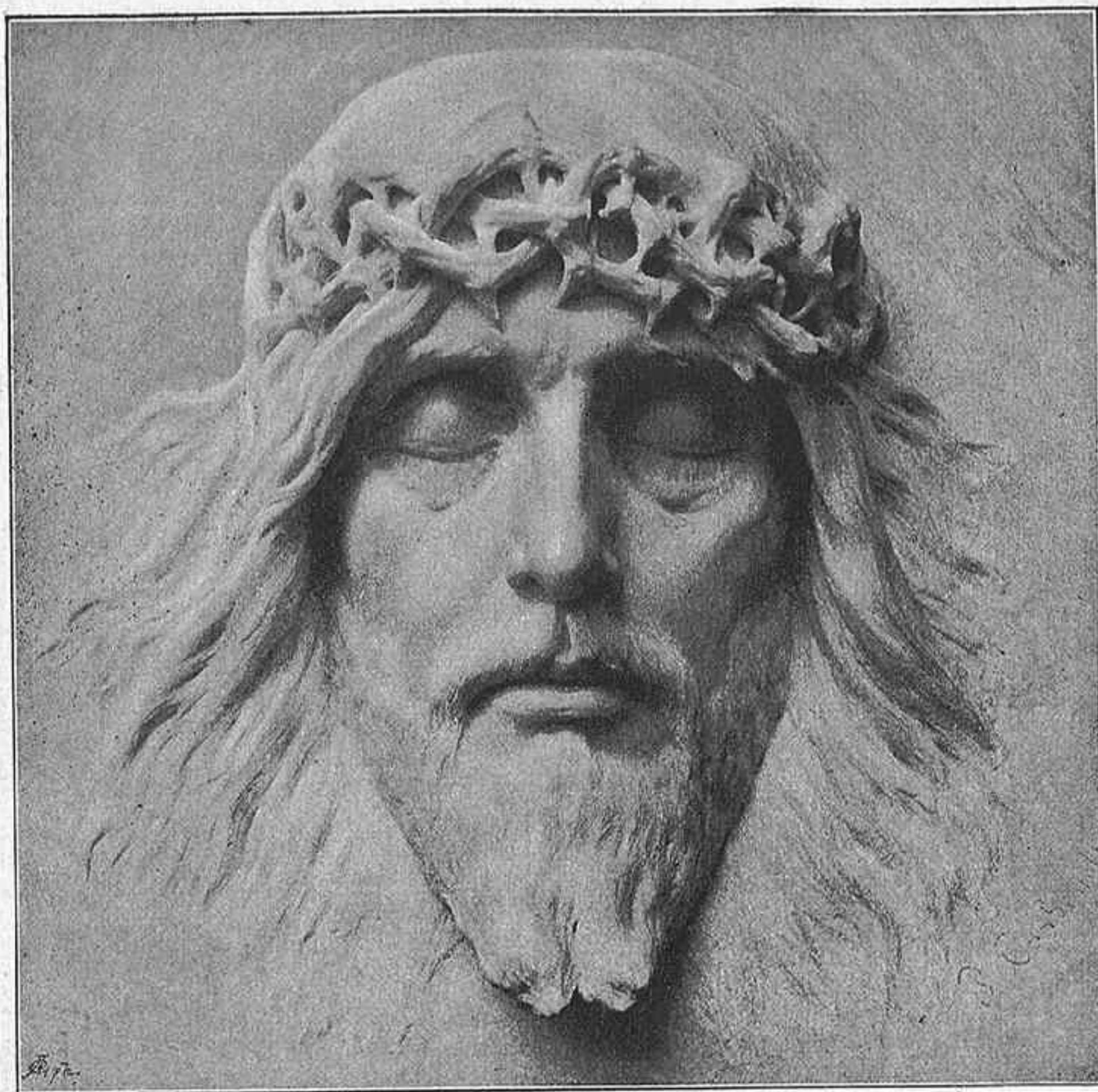
* * *

Aquel hombre que tanto había odiado á los franceses sirvió de guía al ejército del duque de Angulema en 1823, y después de haber tomado parte, no muy principal ni gloriosa, en la guerra civil que siguió á la muerte de Fernando VII, emigró á Francia y falleció en Montpellier á la edad de setenta y siete años. Cuando salió á campaña contra los franceses tenía cuarenta.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO



ENTIERRO DE UN NIÑO EN EL ZUIDERZEE, cuadro de Sherwood Hunter



La Santa faz, alto relieve en mármol de Pedro Carbonell
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

GENTE DE MADRID

DANIEL Y EL AMIGO DE DANIEL

Me dió mucha lástima cuando le vi hace tres años por ahora. Le encontré tan derrotado que casi le desconocí. — «Soy yo mismo, me dijo, aunque parezco otro; he sufrido mucho y me he quedado sin salud y sin dinero, y con más obligaciones que antes, porque ya tengo un hijo más, Dios le bendiga.» Daniel, que así se llama el sujeto que presento hoy á mis amables lectores, había estado empleado, y un ministro le quitó el destino para dárselo á otro; tenía un capitalito y lo había entregado á un negociante amigo que le daba un interés menor del legal; el amigo quebró y Daniel no hallaba medio de recuperar su dinero; abrió su bufete de abogado y se dedicó á la defensa de pobres, esperando que en cuanto fuera conocida su elocuencia tendría clientes entre la gente pudiente, y aunque no fuera un Silvela ó un Gama-zo, para comer siquiera podría sacar de su noble profesión. Los pobres que defendió casi todos obtuvieron su libertad; uno le regaló un mazo de veinte cigarros de diez céntimos; otro le ofreció el primer reloj bueno que pudiera *ganar*; otro fué á decirle que cuando quisiera tomar café con él, un *rata* más malo que Caín, tendría gusto en convidarle, y le invitó á que fuera cualquier día de seis á ocho de la noche al café del Gallo; otro, que había dado tres puñaladas á un amigo, y Daniel obtuvo para él la absolución más injusta y escandalosa, le ofreció galantemente su amistad... Pero la gente pudiente no solicitó sus servicios; nadie le encargó asunto ninguno de litigio; se vió, pues, en la necesidad de buscarse la vida por otros caminos, y solicitó libros que traducir: un libro le encargó una novela de cuatrocientas páginas; hizo Daniel á conciencia su trabajo; el editor le dió veinticinco duros por la traducción; no salió siquiera á diez reales de jornal diario: ofreció en un anuncio sus servicios como administrador de fincas y obtuvo la de una gran casa de vecindad en un barrio extremo, cuyos inquilinos pagaban todos los domingos el alquiler, los que lo pagaban. Lo que sufrió Daniel no es para contado; con una paciencia y una caridad notables procuraba dar á los vecinos las mayores facilidades para el pago; había uno que estaba en descubierto de muchos meses, y Daniel, compadecido de la situación de aquel desgraciado, pagó por él parte de la cantidad debida al propietario que á todo trance quería lanzar de la habitación al inquilino más que moroso; pues este inquilino, un día que le cogió de mal humor cuando Daniel fué á visitarle, echóle á empujones por la escalera abajo, y en viendo los otros vecinos que uno de ellos maltrataba al administrador, salieron todos al patio y el pobre Daniel recibió una entrada de palos regular que le hizo perder la afición á administrar propiedades ajenas.

En esta situación se hallaba cuando le encontré, y se lamentaba amargamente de que siendo un hombre de bien, incapaz de toda mala acción y trabajador incansable, no pudiera hallar donde emplear su

actividad y su inteligencia y realizar su natural aspiración de mantener á su mujer y sus hijos. Daniel no tenía nada de tonto; era muy versado en literatura, y había escrito algunas obrillas dramáticas que por exceso de modestia no quería dar al teatro; le aconsejé que las diera, demostrándole que otras enteramente reñidas con el sentido común proporcionaban grandes beneficios á sus autores. Siguió el pobre mi consejo y llevó una de sus obras á un empresario; á los cuatro ó cinco meses el empresario le devolvió la obra, diciéndole que no se podía poner en escena; sin embargo, la puso á los pocos días, un tanto desfigurada, pero con el mismo argumento y con situaciones semejantes. Y gustó mucho, y llamado el autor á escena resultó ser la comedia de uno de los abastecedores de aquel teatro, que había leído la de Daniel y le había robado bonitamente el asunto. Daniel hubiera podido que-llarse, mas ¿para qué?.. El otro peine disponía de los periódicos; tenía, según decía, *su reputación muy bien sentada*, y mi amigo habría salido con las manos en la cabeza, y escarnecido, además de robado.

¡Pobre Daniel! Era verdaderamente muy triste que tuviera tan mala suerte persona por todos conceptos digna de estimación; y mucho me dolía no tener influencia ni valimiento para haber hecho algo en su favor. Y no podía menos de acordarme de tanto tuno y de tanto necio que, sin otro mérito que el de la poca vergüenza, disfrutaban todo linaje de ventajas y son considerados y atendidos por todo el mundo. Por desgracia, no podía hacer otra cosa que animarle á seguir la lucha por la existencia sin desesperarse y á tener confianza en que su suerte cambiaría, bien que esto me parecía difícil, siendo tan hombre de bien y tan modesto como era el bueno de Daniel.

Ausente yo de Madrid bastante tiempo, no había vuelto á ver á Daniel. Ayer mañana, saliendo de la librería de Fe, le encontré que iba con dos de sus hijos, una niña y un niño muy donosos, y sobre todo muy rica y elegantemente vestidos. Y él también lucía un bien cortado traje de mañana de excelente tricó, guantes de piel de perro con su bordadura, sombrero flamante, botas barnizadas que parecían acabadas de salir de casa de Gayatte, y corbata *plastrón* de raso azul con un brillante gordo por alfiler, y fumaba un magnífico Par-tagás que lo menos habría costado su par de pesetas.

— ¡Oh, Daniel, exclamé, cuánto me alegro de verte, y sobre todo de verte tan ventajosamente cambiado! La última vez que te vi estabas flaco, macilento, triste, desencajado, y ahora te veo grueso, erguido, animado y con un color de salud que da envidia. ¡Y qué niños tan monos y tan elegantes!.. ¿Y tu mujer?..

— Buena: se ha repuesto completamente y está hermosísima. Yo salgo todos los días á pasear á estos niños por consejo del médico. Ahora vamos al Retiro.

— Os acompañaré, y me contarás, si quieres, qué es de tu vida. Por lo visto, conjuraste la mala sombra que te perseguía.

— Sí, hombre, ya estoy en otra situación.

— Mucho me alegro. No podía ser de otro modo. Un hombre de tus buenas condiciones, al fin y al cabo había de triunfar.

Los niños delante, agarraditos de las manos, y Daniel y yo detrás, nos encaminamos al Retiro.

Varias personas que encontramos al paso saludaron afectuosamente á Da-

niel; un personaje que subía del Prado en coche oficial le saludó también con la mano y con una sonrisa de expresivo afecto.

— Veo que estás bien relacionado. Ese personaje es, sin duda, tu amigo.

— ¿Jiménez?.. Ya lo creo; si quieres algo de él te presentaré, y te servirá.

— Gracias, Daniel. Ya sabes que yo soy de otra parroquia.

— Es verdad. Eres consecuente, lo que es muy honroso, pero suele ser poco productivo.

— Tienes razón; pero así he sido siempre, y ya no he de cambiar de carácter. Mas no hablemos de mí; hablemos de ti. ¿Has hecho fortuna?..

— No, fortuna todavía no, pero es posible que la haga.

— Te vi hace tres años tan apurado, tan desalentado, tan triste y tan sin esperanza, que creí que se había apoderado de ti la desesperación.

— En efecto, desesperado estaba, y si no hubiera tenido hijos, Dios sabe lo que habría hecho. Nada me hubiera importado perder la vida. Llegó un día que no tuve pan que dar á mi mujer y á mis hijos.

— ¡Pobre Daniel!

Aquel día salí á la calle con la firme resolución de traer el pan que faltaba en mi casa: Dios me perdone el mal pensamiento, creo que lo habría robado. Tú no sabes á lo que obliga á un hombre la presencia de una mujer amada y unos hijos idolatrados que padecen hambre. Recordarás que mi amigo Juan N..., que tenía en su poder mi capitalito de cinco mil duros, había quebrado. Pues bien: me acordé de aquel amigo. Muchas veces había acudido á él suplicándole que me facilitase algunos fondos. Yo no me había mostrado parte en la quiebra; había tenido la debilidad de no presentar mi crédito oportunamente... Era un amigo, nos habíamos querido mucho, es decir, le había querido yo, y me repugnaba contribuir á agravar su situación. Aquel día no tendría con él ninguna consideración. Me dolía mucho, pero mi mujer y mis hijos eran antes que todo. Cogí una pistola de dos cañones vieja que poseía aún, porque no me hubieran dado por ella dos reales, y me la metí en el bolsillo. Expuse á mi amigo la situación y le dije:

— «Juan, mientras he tenido en casa efectos que vender ó que empeñar he recibido pacientemente tus respuestas negativas á mis súplicas de que me dieras algo, aunque fuera poco, de mis cinco mil duros. Hoy en mi casa no hay más que hambre, y vengo á



Pensativa, estatua de Félix Pardo de Tavera
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



La nueva catedral de Berlín, proyecto de Julio Raschdorff

que me des lo que necesito, y no salgo de aquí sin ello. Tú, que perdiste mi dinero y el de otros en tus especulaciones, vives en esta casa decente; tienes ropa, tienes muebles, tienes abrigo y tienes qué comer. No es justo que tú tengas y yo no tenga nada.»

Le impresionó mi tono decidido, bien lo conocí; pero su respuesta fué negativa.

— «Cuando pueda, dijo, te pagaré íntegramente, no lo dudes un momento.

— «Por Dios te pido que me des, á lo menos, cien duros, ó cincuenta.

— «No puedo, ahora no puedo, no te canses.

— «Pues ó me das cincuenta, ó veinticinco, ó veinte duros siquiera, ó morimos hoy los dos.

— «¿Los dos?, preguntó.

— «Sí, porque vengo resuelto á matarte y á matarme después.

— «Que te mates tú, lo podré creer; pero á mí... no te atreves. (¡Bien me conocía el tunante!) Oye, prosiguió, voy á darte dos duros para que coman hoy tu mujer y tus hijos; lleva ese dinero á tu casa y vuelve aquí, y te pondré en camino de la fortuna, pero á condición de que no seas tan pusilánime y encogido, ni tengas escrúpulos. Vete y no tardes en volver. Tú almorzarás conmigo.»

Lo hice como lo dijo. Cuando volví ya estaba en disposición de salir á la calle. Salimos, pasaba un coche; mi amigo llamó al cochero y le dijo:

— «A *Fiesta alegre*.

— «¿A *Fiesta alegre*?, le pregunté con asombro?

— «Ya lo creo, me contestó, á almorzar y á divertirme. Yo, estando tronado, es cuando con más empeño procuro divertirme.»

Llegamos á *Fiesta alegre*. Yo no había visto este frontón ni por fuera. Mi amigo entró en el café y yo con él. Pidió dos almuerzos; todos los camareros le saludaron con demostraciones de afecto, y lo mismo otras personas que había allí. Presentóme mi amigo á algunos buenos mozos, que vinieron á saludarle con fuertes apretones de manos. Eran, según me dijo, pelotaris, y mientras nos servían el almuerzo mi amigo y ellos departieron largamente con la mayor cordialidad en un lenguaje del que yo no entendía una jota. El almuerzo, que fué muy copioso, duró mucho

tiempo. Luego pidió mi amigo café y copa y cigarros habanos, y convidó á todos aquellos hombres. Yo hacía años que no almorzaba tan opíparamente ni tomaba café ni fumaba habano. Y en el café estuvimos hasta que llegó la hora de empezar el partido, que entramos en el frontón. No pude menos de advertir que mi amigo no pagó el almuerzo. Se conoce que tenía crédito á pesar de la quiebra. Quedéme absorto al contemplar el aspecto del frontón. ¡Qué de gente! ¡Cuántos caballeros! Vi hasta jueces y magistrados que conocía de cuando yo defendía pobres. Personajes políticos, diputados, senadores... Un público escogidísimo. Empezó el partido, y mi amigo no se estaba quieto, iba de un lado á otro, hablaba con muchos señores, y venían á decirle no sé qué los voceadores, quiero decir los intermediarios de las apuestas, y les daba dinero que llevaba en billetes en la cartera... Yo estaba aturdido, haciéndome cargo al fin de que aquello era una *timba* y no otra cosa. Cuando concluyó el partido, todavía nos quedamos allí mi amigo y yo; todavía habló con los pelotaris largo rato, felicitando á los vencedores, y luego me dijo:

— «Espérame aquí, que pronto vuelvo.»

Y se fué; volvió luego, y dándome diez billetes de cincuenta pesetas, me dijo:

— «Toma, ahí tienes cien duros que has ganado.

— «¿Yo?

— «Sí, hombre, yo he jugado por ti y por mí, y he ganado doscientos, ciento para ti, para que no te mates ni me mates, añadió riendo.»

Yo dudaba si podía tomar aquel dinero.

— «No tengas escrúpulos, me dijo mi amigo. Toma esto hoy; mañana vienes, si quieres, conmigo, y tendrás otra buena ración probablemente.»

Y se despidió de mí, encareciéndome que no dejara de volver el día siguiente al frontón, donde le encontraría.

No puedes figurarte qué impresión tan extraña me produjo aquella ganancia; tuve calentura. Aquel dinero me parecía que no era mío, que no podía ser mío, que se lo había quitado á alguien. Yo no podía considerar aquel dinero como una mínima parte de mis cinco mil duros perdidos por el amigo quebrado.

No, aquel dinero no era restitución de lo mío, ni producto de mi trabajo, y por consiguiente era un dinero mal ganado. No toqué á los dos mil reales, y el día siguiente pude ver al amigo y le expuse mis escrúpulos.

— «Bien hacía yo en no hacerte caso, y en dejarte en tu mísera situación, me dijo. Eres el lila más completo que he conocido, y así estás tú de medrado. Ayer querías matarme y matarte porque no tenías que dar de comer á tu familia, y ahora te veo á punto de permitir que perezcan de hambre tu mujer y tus hijos, ahora que tienes dinero y que te ofrezco los medios de que lo tengas siempre, ó casi siempre. Pero grandísimo... infeliz, por no decirte otra cosa, ¿no viste cómo se guardó su ganancia D. Cleofás Rapsillo, aquel magistrado tan feo y tan severo en su cargo? ¿No te fijaste en D. Martín Tantán, el escribano que entiende en mi quiebra? ¿No viste cómo apuntaba por los azules, y qué fajo de billetes tenía en la mano?.. Dinero ajeno probablemente. Eso es peor que ganar modestamente dos mil reales como los ganaste tú ayer jugando yo por ti. Vaya, no seas bobo; elige entre la holgura y la miseria, entre la estimación de la gente en el primer caso y el abandono y el desprecio de todos en el segundo. Si yo, después de mi quiebra, me hubiera metido en un rincón á dolerme de mi suerte, mis acreedores me habrían tratado sin compasión, habrían procurado hundirme del todo, hasta llevarme á presidio; pero han visto que no me achico, se han persuadido de que no han de obtener de mí más de lo que yo quiera, y todos tan conformes, todos, menos tú, porque tú, el más inocente de todos y el único á quien yo me he propuesto tratar como amigo, me querías matar...», añadió, riéndose á carcajadas mi desvergonzado amigo.»

Volví con él otra vez y otras veces al frontón, y mi amigo continuó apuntando por mí y para mí, y adquirí conocimientos, y en mi casa hubo lo preciso para comer y para vestir, hubo lo que no pude nunca lograr por medio del trabajo asiduo y honrado.

— Pero el juego de pelota, dije á Daniel, tiene, como todos los juegos, sus quebrantos; no se gana siempre.

— Mi amigo y protector gana siempre, menos cuan-



VIRGINIUS INMOLANDO A SU HIJA, grupo en bronce de Mad. Elisa Bloch
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)



EL ENTIERRO DE JUDAS, grupo en yeso de Rafael Atché
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

do no quiere. Algunas veces pierde para que no se diga. Pero ya para mí el frontón es lo menos. Voy todas las tardes un rato por ver á mi amigo, que tiene desde hace algún tiempo una empresa más lucrativa, y para recibir sus instrucciones.

— ¡Hola! Se conoce que es hombre de iniciativa.

— A ti te lo digo porque eres reservado..., bien que lo que te voy á decir lo sabe todo el mundo...

— Entonces, es un secreto singular.

— Mi amigo es dueño de siete casas...

— ¡Caramba! ¡Pues bien se ha armado el hombre!

— De siete casas de juego.

— ¡Ah! ¿Pero se tolera que haya casas de juego?..

Creía...

— Y tiene en ellas sus representantes bien retribuidos...

— ¡Bravísimo!.. ¡Y tú eres uno de ellos!

— Sí, contestó Daniel bajando los ojos.

El pobre no ha perdido por completo el pudor.

— Yo soy uno de ellos, continuó. Y en mi casa hay abundancia, y mi mujer ha recobrado la salud, la belleza que había perdido cuando vivíamos honradamente, y mis hijos... ya los ves, alegres, sanos, venturosos. Si no hubiera seguido el consejo y aceptado el apoyo de mi amigo Juan, ¿qué hubiera sido de nosotros?.. Así está el mundo ahora, amigo mío. ¡Y así habrá estado siempre! Y es un ejemplo triste y terrible el de la honradez, la modestia, el decoro y el trabajo arrastrando una vida estrecha y penosa ante la indiferencia y el desdén de todo el mundo, y el vicio, la desfachatez y la osadía triunfando en toda la línea. Yo he luchado con mi conciencia, pero al fin he sucumbido. Castigado antes cruelmente por ser bueno, ahora, que no puedo considerarme bueno como antes, no sufro el duro castigo de la miseria.

No felicité á Daniel por sus adelantos y ventajas, pero tampoco me atreví á culparle.

CARLOS FRONTAURA

Madrid, julio de 1894

NUESTROS GRABADOS

Margheritina, busto en mármol de Miguel Blay (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Delicadamente modelada ha sido la esbelta cabezita que reproducimos, obra feliz é inspirada del laureado escultor olotense Miguel Blay, quien cada año que transcurre y cada exposición en que toma parte sirvenle para realizar nuevos progresos y lograr nuevos triunfos. En la que acaba de cerrar sus puertas ha alcanzado la mayor recompensa ofrecida á la escultura por su notabilísimo grupo titulado *Los primeros fríos*, ya conocido de nuestros lectores, puesto que además de ser la primera obra adquirida para el Museo, se le ha otorgado el premio especial ofrecido por la infanta doña Isabel. Premiado ha sido también el busto *Margheritina*. Sus repetidos triunfos, justamente alcanzados, pues son indiscutibles sus cualidades, hacen concebir la grata esperanza de que el nombre de Blay ha de significar, en lo porvenir, el de un artista que honre al arte patrio.

Monumento al príncipe Amadeo, obra de Bordini. — Recientemente se ha inaugurado en la Cavallina, cerca de Custozza, un monumento erigido á la memoria del noble príncipe de Saboya en el mismo sitio en que el que después fué rey de España cayó herido combatiendo heroicamente contra los austriacos al frente del regimiento de granaderos de Lombardía. El monumento, obra del escultor veronés Pedro Bordini, consiste en una columna asentada sobre un sencillo basamento alrededor del cual corre un alto relieve de bronce que representa la batalla y en el que se ve al valeroso caudillo en el momento de ser herido. En su cara principal se lee esta inscripción: «Aquí fué herido Amadeo de Saboya, duque de Aosta, en 24 de junio de 1866, luchando por la libertad italiana. Ciudadanos libres dedícanle este monumento para perpetuar su gloria y su recuerdo.»

Mañana de invierno, cuadro de Emilio Sánchez Perrier (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — El nombre del ilustre paisista sevillano es tan ventajosamente conocido en el mundo del arte, que por esta circunstancia y la de habernos cabido varias veces la satisfacción de ocuparnos de sus obras en esta revista, no creemos pertinente repetir el concepto que nos merece. Nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores acerca del magnífico paisaje que reproducimos, el primero, á nuestro juicio, entre los que figuraban en la Exposición de Bellas Artes de nuestra ciudad. En él, además de estar admirablemente representada la hora y el tiempo, admirábase por su magistral ejecución, minuciosamente acabada, pero sin fatiga ni esfuerzo revelando el natural. Nada huelga en el lienzo, en el que el artista ha dado nueva prueba de su talento y de su inimitable habilidad.

Entierro de un niño en el Zuiderzee, cuadro de Sherwood Hunter. — El efecto que en el ánimo produce este cuadro es su mejor elogio: al contemplar aquel viejo marino llevando el ataúd que encierra el cuerpecito del hijo del compañero, el grupo de niños que dándose las manos le siguen cabizbajos y con la tristeza pintada en los semblantes y reflejada en las actitudes, la mujer que, aun estando de espaldas, permite adivinar la amorosa mirada que fija en el niño que tiene en brazos, y el mismo trozo de mar que en el fondo se extiende, experimentase una melancolía, una indefinible tristeza que prueba cuán hondamente sentida está la hermosa pintura del artista inglés y cuán bien ha sabido éste dar con los elementos de ejecución necesarios para producir esa emoción que es el principal fin de las bellas artes.

D. Vicente Palmaroli. — El actual director del Museo de Pinturas de Madrid nació en Zarzalejo (Madrid) en 5 de septiembre de 1834. Fué discípulo de su padre, D. Cayetano, de D. Federico Madrazo y de la Escuela superior; marchó á Italia en 1858 pensionado por la reina doña Isabel, habiendo regresado á Madrid cuatro años después y obtenido ya en la exposición de aquel año dos medallas, una de primera y otra de segunda clase. Sus triunfos fueron desde entonces en pro-



D. VICENTE PALMAROLI, actual Director del Museo de Pinturas de Madrid

gresión creciente y no tardó en colocarse entre los pintores de primera fila: sus obras son innumerables y de mucha importancia; cultiva con preferencia el género histórico y el retrato, ha sido director de la Academia española de Bellas Artes en Roma, es académico de la Real de San Fernando y posee la encomienda de Isabel la Católica y la Cruz de la Legión de Honor. Digno premio de sus merecimientos ha sido el nombramiento de Director del Museo del Prado que el gobierno le ha concedido á la muerte del inolvidable D. Federico Madrazo y Kuntz.

La Santa faz, alto relieve en mármol de Pedro Carbonell (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Es Pedro Carbonell uno de los escultores que honran á nuestra región. Forma parte de la nueva generación artística, que tanto ha contribuido para realizar el renacimiento catalán. Nuestros lectores conocen algunas de sus obras, por habernos cabido la satisfacción de poder publicarlas, entre ellas, la inspirada y sentida estatua titulada *Angelus*, que tantos elogios mereció á su autor.

Mucho más podía haber aportado á nuestra Exposición el Sr. Carbonell; esto no obstante, su *Santa faz* es una producción digna del artista, bien modelada é inspirada en el místico concepto que envuelve la sagrada representación de la efigie del crucificado.

Pensativa, estatua de Félix Pardo de Tavera (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — No cabe mayor acierto en modelar una figura con tan simplísimos medios, cual lo ha ejecutado nuestro distinguido amigo el Sr. Pardo de Tavera en su obra titulada *Pensativa*. La posición, la actitud y la especialísima modelación, amplia, grandiosa y fácil, convierten la obra del escultor filipino en una producción magistral. Ajustada al concepto y á la técnica moderna era la estatua digna de servir de modelo y de perpetuarse. Así lo comprendió el Jurado calificador de la última Exposición de Bellas Artes, que no titubeó en otorgarle merecido premio, proponiendo su adquisición á la corporación municipal de nuestra ciudad, acuerdo que aplaudimos sinceramente, pues significa su instalación en el Museo de Bellas Artes, creado por el ayuntamiento, cuya sección de escultura se avalorará con esta nueva obra del Sr. Tavera, á quien cupo igual distinción en el año de 1891 por su preciosa é intencionada estatua *¡Soy yo!*

La nueva catedral de Berlín, proyecto de Julio Raschdorff. — Con gran solemnidad verificóse en 17 de junio último la ceremonia de colocar en Berlín la primera piedra de la catedral protestante que los alemanes venían deseando desde hace tanto tiempo y que todo el pueblo germánico considera como monumento nacional. Presidió el acto el emperador en persona y á él asistieron la familia imperial, el gobierno, las autoridades y corporaciones y un público compuesto de centenares de miles de almas. El dibujo que de la catedral en construcción reproducimos da perfecta idea de su grandiosidad: para su construcción ha votado la dieta prusiana la cantidad de 10 millones de marcos, ó sean 12 millones de medio de pesetas.

Virginius inmolando á su hija, grupo en bronce de Mad. Elisa Bloch (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Los que tuvieron ocasión de visitar la Exposición de Bellas Artes celebrada en 1891, recordarán un precioso busto, titulado *Ensueño*, obra de la distinguida escultora parisiense Mad. Bloch, que fué premiado por el Jurado de aquel concurso. Su nombre es no sólo ventajosamente conocido en su patria sino en nuestro país. En el primer certamen presentó una obra tan delicada como sentida: en el que se ha celebrado recientemente ha aportado una producción de mayores alientos, modelada con varonil valentía, que basta para dar á conocer cumplidamente las aptitudes que posee la artista y su excepcional temperamento para cultivar el gran arte.

Entre las innumerables obras que podríamos citar, haremos mención especial de la que simboliza *La esperanza, La edad de oro, Un fondista* y la estatua de *Moisés*, que ha llamado la atención en el Salón del Campo de Marte.

Plácemes merece la distinguida escultora, que no titubeamos en tributarle, así como el testimonio de nuestra consideración.

El entierro de Judas, grupo en yeso de Rafael Atché (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — *El entierro de Judas* es una nueva demostración del temperamento artístico de Rafael Atché. Tan genial como atrevido en sus concepciones, trata siempre, y lo realiza, de ocultar la materia, dando vida por medio de la acción. Nosotros que somos los primeros en reconocer en las obras de Atché las incorrecciones que puedan tener, en la parte que afecta al procedimiento, somos también los primeros en aplaudirlas sin reservas, olvidando aquéllas ante la manifestación del genio. Atché es un verdadero artista; y como tal descuida las minucias de la ejecución, fijándose, en primer término, en la realización del ideal que se ha propuesto, en la representación viviente del asunto elegido. De ahí que todas sus producciones se distinguen por el movimiento y vida que sabe darles por medio de su varonil y enérgico modelado.

El entierro de Judas es digna derivación de *El mal ladrón*, y asimismo merecedor de aplauso y recompensa, que no ha titubeado el Jurado en otorgarle. La obra figura también entre las elegidas para el Museo municipal de Bellas Artes de nuestra ciudad.

¡A ésel. dibujo original de Carlos Arregui. — El joven cuanto discreto artista madrileño Carlos Arregui nos ofrece ocasión de dar á conocer á nuestros lectores uno de sus notables dibujos, que representa con singular acierto y fidelidad una escena que se repite con frecuencia en todas las ciudades populosas, pero que en la á que nos referimos se recomienda por carácter local. Trátase de un ratero, tal vez, á quien se persigue llamando la atención de los guardias de seguridad con el grito de «¡A ésel...» La agrupación, el movimiento, las actitudes y hasta los pormenores están bien dispuestos y estudiados. El dibujo es un verdadero cuadro de costumbres que se ajusta al concepto artístico moderno. Arregui tiene en cuenta que el artista que se inspira en cuanto le rodea, vive y se agita á su alrededor, aporta materiales para la historia. Prefiere estudiar lo que se ve y observa á malograr sus aptitudes en inútiles tanteos. Por tal camino logrará la merecida recompensa á sus afanes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — De gran resultado ha sido para los artistas la segunda Exposición general de Bellas Artes recientemente celebrada, pues aparte de los premios de carácter puramente honorífico que se han concedido, es considerable el número de obras adquiridas por la Corporación municipal, Diputación, Sociedades y particulares, y muy importante la suma que su enajenación representa.

Los artistas premiados son: *Sección de pintura.* — Alejo Clapés, Juan Luna, Mariano Oliver, Juan Pinós, Marcelino Santamaría, Modesto Urgell, Manuel Felfu, Francisco Graner, Francisco Miralles, Darío de Regoyos, Román Ribera, Santiago Rusiñol, Antonio Fillol, Hans von Bartels, Josua von Gietl, Teodoro Hummel, Carlos Marr, Federico de Uhde, Amelia Beaury Saurel, Siebe Ten Cate, Alejandro Defaux, Stevenson Macaulay, Angelo Morbelli, Daniel Hernández, Vicente Cutanda, Gonzalo Bilbao, Miguel Carbonell, José Miralles Darmanin, Ricardo Planells, Juan Roig Soler, Juan Baixas, Ricardo Brugada, Aurelio Tolosa, José Jiménez Aranda, Joaquín Vayreda, Ignacio Zuloaga y Ramon Pichot.

Sección de dibujo. — José Armet, Jaime Pahisa, Daniel Urriabietta, Fernando Xumetra, José Engel, Enrique Heim y Pablo Renouard.

Sección de grabado. — Ricardo de los Ríos, José Sadurní, Pablo Manrou, Doris Raab y Juan Raab.

Sección de escenografía. — Salvador Alarma, Luis Labarta, Francisco Soler y Roviroso y Mauricio Vilomara.

Sección de escultura. — Miguel Blay, Venancio Vallmitjana, Antonio Parera, Eduardo Rossi, Guillermo Charlier, Rafael Atché, Felipe Cifariello, Félix Pardo de Tavera, Manuel Fuxá, José Campeny, Juan Ringel, A. Vallmitjana Abarca, José Pagés Horta, José Soler Forcada, Anselmo Nogués García, José Montserrat, Hipólito Le Roy, Vicente Jerace, Tomás Riu, Domingo Jollo, Aquiles D'Orsi, José Wind, Baltasar Smicht y Alberto Serret.

Sección de reproducciones. — Federico Masriera, Blas Benlliure, Antonio Pandiani y Juan Mollica.

Han sido adquiridas por el Ayuntamiento, con destino al Museo municipal de Bellas Artes, las siguientes obras: *Pintura.* — *Gente de mar*, de Eliseo Meifrén; *Rosalía*, de Juan Brull; *La herrería*, de Luis Graner; *Salida de baile*, de Román Ribera; *Novela romántica*, de Santiago Rusiñol; *Junto al lecho mortuario de la madre*, de Teodoro Hummel; *El puente de Londres*, de Siebe Ten Cate; *Una calle de Chateau-Laudon*, de A. Defaux; *Paisaje*, de Stevenson Macaulay, y *Alba*, de A. Morbelli.

Dibujo. — *Riera de Rubí*, de J. Pahisa; *Dibujo ornamental*, de J. Xumetra; *Los niños*, de J. Engel; *Camino de la escuela*, de E. Henri; *Croquis de animales*, de Pablo Renouard.

Grabado. — *Tomás de Aquino*, de Pablo Manrou; *Lección de baile*, de Doris Raab.

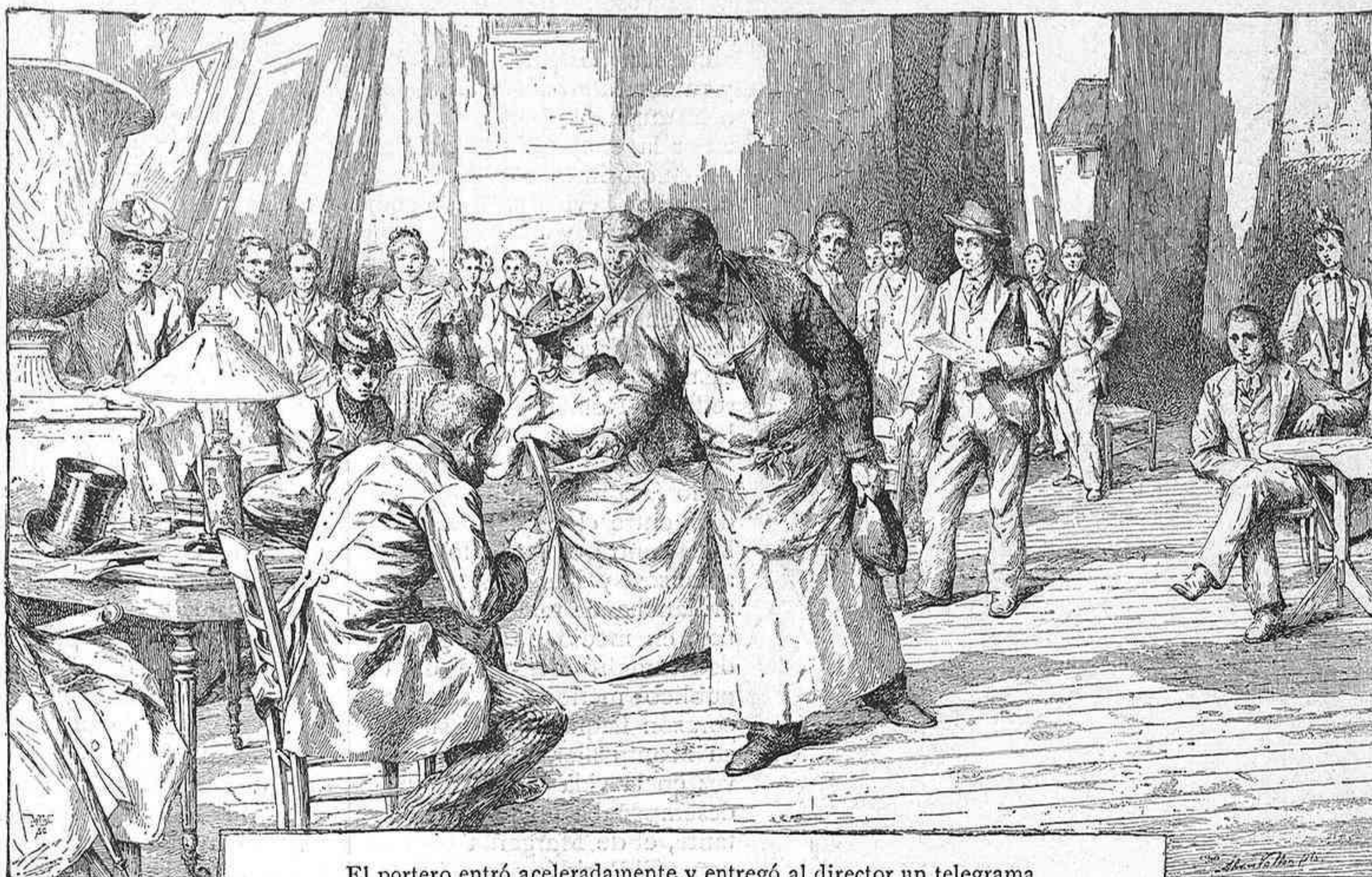
Escenografía. — *Figurines*, de Luis Labarta y *Decoración de calle*, de Mauricio Vilomara.

Reproducciones. — *Estatua en bronce del sepulcro de Felipe el Hermoso*, de Federico Masriera; *Copa romana, en bronce*, de Antonio Pandiani; *tres vasos etruscos*, de Giovanni Mollica.

El premio extraordinario ofrecido por S. M. la Reina Regente, se ha concedido al pintor D. Luis Graner, y el de S. A. la Infanta Isabel al escultor D. Miguel Blay.

La Diputación Provincial ha adquirido con destino á su Museo los siguientes cuadros: *¿Será difteria?*, de Marcelino Santamaría; *Paisaje*, de Joaquín Vancells; *Una romanza*, de Santiago Rusiñol; *Patío*, de José Triadó; *Poesía de invierno*, de Joaquín Vayreda; *Lola*, de Daniel Hernández; *Sol y sombra*, de Joaquín Mir, y *Playa de Blanes*, de Juan Roig y Soler.

Á estas adquisiciones hay que agregar las llevadas á cabo por varias corporaciones y particulares, representando las obras compradas un valor aproximado de 90.000 pesetas.



El portero entró aceleradamente y entregó al director un telegrama

LA TÍA ELVIRA

POR JORGE GLATRON. — ILUSTRACIONES DE ALEJO VOLLÓN (HIJO)

Por segunda vez en tres días había comenzado á ensayar sin ella; y uno de los autores, un necesitado, por supuesto, según costumbre, leía su papel. Terminado el primer acto se pasó al segundo, pero Elvira no se presentaba aún. La ausencia de esta pensionista modelo, regular en sus horas como un reloj, no podía explicarse sino por un grave accidente ó acaso una desgracia.

— Amigos míos, declamaba Montois con su voz cavernosa: *Triste presentimiento acosa mi alma*. Seguramente á la tía Elvira le habrá caído una chimenea sobre la cabeza, ó tal vez la habrá aplastado un coche del tranvía.

El portero entró de pronto aceleradamente; su rostro tenía cierta expresión trágica; no pronunció una sola palabra, y dirigiéndose al director entrególe un telegrama.

Era un telegrama de treinta céntimos, abierto, arrugado aún, á causa de su viaje por el tubo, y con una escritura borrosa y desordenada. Durozay lo tomó, dejando caer los lentes para leer mejor; estremecióse de pronto al inclinarse bajo la lámpara, y se irguió después con brusco movimiento.

— Hablabais de broma, dijo, dirigiendo la palabra á los grupos. Pues bien: ¡sabed que ha muerto!

— ¡Cuando yo lo decía!, gritó Montois.

— ¡Vamos... no es posible!, repetían por todas partes. ¡Cómo esa buena mujer había de morir así!

Se profirieron varias exclamaciones, pero todas en el mismo tono de duda y de pregunta, y que se cruzaban entre sí, dirigidas á Durozay.

Los grupos se habían deshecho, y todos rodearon al director, cuyo rostro abultado, de aspecto jovial, tomó de pronto una expresión sombría. Durozay, retorciéndose el bigote, rasgaba con la uña la fatal esquila; pero la costumbre llevó de nuevo la sonrisa á sus labios á pesar suyo.

— Sí, amigos míos, dijo, ha muerto de verdad; y ha tenido la precaución de avisarme por medio de su portera: ese rasgo es muy propio de su carácter.

— Sí, replicó la pequeña Vasseur, achicando su boca de treinta y cinco años, que expresaba el candor; ¡ah sí!, ese rasgo revela bien el carácter de la pobre anciana.

— ¿Anciana á los cincuenta años?, exclamó alguno en son de protesta. ¡Oh, Virginia! ¿Será necesario buscar nodriza para tí?

Durante más de un cuarto de hora el ensayo quedó interrumpido. Los dos autores, de quienes nadie se ocupaba, permanecían en un rincón, desconcertados, como personas extrañas que han caído en medio de un duelo de familia; guardaban silencio y trazaban

figuras en el suelo con la punta de sus bastones; pero uno de ellos acabó por separarse de su compañero, dirigióse á Durozay, y cogióle del brazo, como si se tratara de una conferencia muy grave.

— Escuche usted, dijo, es muy enojoso lo que le sucede, pero...

— ¡A quien se lo dice usted, amigo mío!

Durozay estaba al parecer realmente afectado, y quiso entrar en explicaciones. No lo sentía por el talento de la difunta, pues la pobre mujer no le tenía, si bien procuraba sustituirle con la experiencia y la costumbre; pero Elvira se recomendaba por su espíritu de obediencia, de regularidad y de abnegación.

— Sí, amigo mío, continuó, una abnegación verdadera en su oficio, en el teatro á que pertenecía, por amor á mí, á usted, á los autores y compañeros. La tía Elvira, como todos la llamábamos, era la disciplina de la casa; había encanecido en la profesión; apreciabanla y se la escuchaba, y muy á menudo por ella pude gobernar en circunstancias críticas á mis actores, «animales difíciles de dirigir,» como usted sabe muy bien. Siempre dispuesta á todo, y sacrificándose de antemano, jamás se rebelaba, ni se negó nunca á prestar un servicio; sustituir á los demás para desempeñar sus papeles fué siempre su destino, su empleo; y aunque sólo debiese pronunciar dos palabras, hacía con todo el arte que poseía, con el ademán, la dicción y el aplomo de treinta y cinco años de tablas. No se encontrarán muchas mujeres de tanta conciencia. Todos los trajes le sentaban bien, y aún era hermosa en escena, con su elevada estatura, su corsé bien redondeado y sus facciones correctas, aunque algo prolongadas. Por eso estábamos tranquilos con ella, pues sabíamos que desempeñaría bien cualquier papel. ¡Sí, diablo, es una pérdida sensible!

En el fondo del escenario la voz de la pequeña Vasseur resonaba pura y melodiosa.

— ¿De qué ha muerto?, decía. ¡Bah! Tan sólo por haberse retardado diez minutos en el ensayo de anteayer. ¡Desviarse tanto de la regla!

Algunos jóvenes se burlaban; pero los viejos no parecían estar para bromas, y evocando recuerdos, relacionábanlos entre sí. Jamás habían visto á la buena Elvira enferma; pero recordábase que dos días antes llegó jadeando, pálida, trastornada, sin duda por su apresuramiento y por el temor de caer en falta. Balbuceó una excusa, diciendo: «Vengo de una ceremonia que se ha prolongado más de lo que creía;» y no habló más. El ensayo era aquel día sumamente laborioso, y nadie pensó en interrogar á Elvira; pero según afirmaba el viejo Montois, debía sentirse ya mal porque se equivocó dos veces.

— ¿No se le conoció un hijo hace mucho tiempo?, preguntó otro.

— Sí, en efecto, pero nadie sabía nada de él. Solamente Montois, el decano de la compañía, recordaba haber visto en lejana época un muchachote con chaqueta de colegial, que dos ó tres veces encontró sentado sobre las rodillas de su buena madre; mas nunca le vió en las calles ni en el teatro. Elvira no le enseñaba á nadie, ni decía nunca nada de él.

Montois se dió de pronto un golpe en la frente.

— ¡Ah!, exclamó, ahora recuerdo; hará como cosa de un mes... ella que en su cuarto no recibía á nadie... ¿Sería que?..

Una señal ruidosa le cortó la palabra.

— ¡Pardiez, sí!, exclamaba Durozay con impaciencia, contestando á su autor, ya la reemplazaremos.

Y golpeando el suelo con la punta de su bastón, añadió:

— ¡En escena para el tercer acto, y pronto!

Pero mientras que Vasseur se colocaba en su puesto, y que Montois con el pecho dilatado, los codos tocando al cuerpo y el sombrero á la altura de la cadera, preparaba una entrada de efecto, el pensamiento de Durozay se fijaba aún en la tía Elvira.

— ¡Pobre vieja; de todos modos lo siento!

Tal vez sabía de ella más que sus compañeros; quizás los recuerdos de aquel hombre tan corrido, y algunas semiconfidecias arrancadas ó sorprendidas á la buena mujer, á quien quería sinceramente, por una de esas amistades mucho menos raras en el mundo del teatro de lo que el público se complace en creer, hacíanle sospechar las causas del súbito fin de la pobre cómica, que nada tenía de la vulgaridad de una gacetilla.

No ignoraba que aquella «buena vieja,» como los otros decían, había tenido su juventud; y que para la humilde actriz que degeneró hasta el punto de no ser apenas más que una figurante, esa especie de criada para todo en el teatro, hubo también una hora de fe, de genio y de triunfo. ¡Cuántas personas mueren á los ochenta años sin haber vivido siquiera una hora! Hija de la casualidad, nacida en las tablas, tuvo á los quince años el honor de *debutar* con Federico Lemaitre; y cuando estaba á punto de hacer su entrada con el gran actor, al verla éste oprimir el pañuelo entre sus dedos, bañados de un sudor frío, preguntóle:

— ¿Qué te espanta más, hija mía, el público ó yo?

— Usted, contestó la joven.

— Lo prefiero así, repuso Federico, porque es buena señal.

En aquel tiempo Elvira amaba su arte, y á decir



...por primera vez en la vida la joven desempeñaba un papel importante, el de Margarita de Borgoña

verdad, no conocía otra cosa; vivía en sus papeles, y todo el mundo se reducía al espacio que mediaba entre las candilejas y el fondo del escenario. Si no tenía papel en una pieza, parecía verse expulsada de la sociedad, de la vida y dejaba de existir; faltábale el aire, y solamente respiraba un poco por la noche entre bastidores, aspirando el olor del gas y de los lienzos pintados. Vagaba de un lado á otro presa de la fiebre, esperando que la súbita indisposición de una actriz caprichosa le ofreciese la oportunidad de reemplazarla en el acto; pues dotada por la naturaleza de una memoria maravillosa, tan fiel como rápida, bastábale asistir á diez ó doce ensayos para dominar, sin esfuerzo alguno, todos los papeles de un drama en cinco actos, réplicas, entradas y salidas, movimientos, todo, hasta los menores detalles.

Tal vez esta pasión á las tablas fué lo que la perdió. En vista de que en el teatro de la Puerta de San Martín no la hacían trabajar, aceptó una contrata en provincia y comenzó la vida errante de esas compañías de tercero ó cuarto orden.

Allí estuvo por lo pronto en su elemento, y creyó encontrar la verdadera vida. En esas compañías siempre limitadas, sedentarias ó nómadas, cada semana se muda el cartel ó se cambia de país, y no hay reposo ni vacaciones. Elvira se mostraba infatigable; siempre trabajando, siempre en la brecha; directores y compañeros admiraban su celo y la explotaban, y muy pronto se acostumbraron á hacerla servir para todos los papeles. Su juventud, su hermosura y también su verdadera inteligencia en la escena preserváronla de pensar desde luego en los fines utilitarios; su talento, puramente natural, que ninguna educación había dirigido ni fijado, prestábase á todos los papeles, y su entusiasmo los aceptaba todos. Parecía siempre tan buena muchacha, y divertíale tanto trazar en su bello rostro las arrugas de Marcelina, que no se pudo menos de abusar de ella.

Gracias á ese entusiasmo inocente que se manifestaba en todos sus papeles, muy pronto se hizo notar del público; pero aquella hermosa mujer de mirada luminosa y de formas redondeadas cautivaba sobre

tuvo un éxito asombroso. Margarita fué llamada á la escena, aclamada; el público, entusiasmado, aplaudía estrepitosamente, y en el último acto fué tal el clamoreo, que no se pudo oír la voz de los actores. Un antiguo abonado salió de entre bastidores, palpitante aún de emoción, y abrazó á Elvira, jurándole que era amigo íntimo de Alejandro Dumas y que acababa de trabajar como la Georges.

Buridán no tuvo que hacer más que apoderarse de ella, pues ya no se pertenecía á sí propia.

La embriaguez del amor se confundió para Elvira con la embriaguez del triunfo; entregóse á ella locamente; y así como muchas veces se había prodigado para representar papeles ínfimos, se prodigó también á su Buridán; de modo que después de emplear mal su talento, malgastó su belleza y su juventud.

Su unión duró año y medio; y con el amor de Elvira sucedió lo que con sus intereses y su dignidad de artista, que jamás había pensado en defender. Al cabo de seis meses, Buridán la engañaba; al fin del año la maltrató, y aprovechóse después de una contrata en el extranjero para abandonarla fríamente, con la indiferencia del que arroja lejos de sí un par de botas inservibles.

La pobre Margarita de Borgoña, cayendo del cielo á la tierra, quedó quebrantada, aniquilada, con un niño en los brazos; parecióle que su corazón se había vaciado de pronto, y que el sol acababa de extinguirse; de modo que cuando al cabo de quince días de fiebre volvió á las tablas, sintióse como fuera de su lugar. Todo lo veía oscuro; más allá de la línea de las candilejas, la platea era á sus ojos un abismo, donde la tenebrosa oscuridad oprimía su pecho; los bastidores pintados, los lienzos del fondo con sus remiendos, los terciopelos desgastados, las lentejuelas sin brillo de los trajes, los rostros empastados de los actores, sus voces ahuecadas, sus fingidos ademanes, sus gestos; todo ofendía á la vista de la pobre mujer, que al mismo tiempo se ahogaba en medio de aquel aire corrompido, de aquella atmósfera de emanaciones humanas, de pintura y de perfumería quemada por el gas. Y sin embargo, todo esto alimentaba an-

todo á los ojos. Elvira alcanzó un triunfo por la belleza, y conservóse honrada ó más bien indiferente; su alma no podía alimentar dos pasiones á la vez, y en ella la artista se anteponía á la mujer. Por otra parte, el amor la enojaba, pareciéndole ridículo ó insípido, tal como se ofrece en la vida real, con sombrero negro y cuello postizo y muy á menudo con gafas, sin apasionado temblor en la voz y queriendo sustituir con un ramo de flores ó una bolsita de castañas confitadas la escala de seda de Romeo y el puñal celoso de Antony.

Pero cuando una noche apareció él con la ropilla de Buridán, entre el resplandor de las luces, entre el estrépito de los aplausos y bastones, bajo la avalancha de ramos y de coronas, en medio de los gritos y del tumulto delirante de un público meridional, su firme corazón flaqueó. Esto sucedía en Montpellier, y por primera vez en la vida la joven Elvira desempeñaba un papel importante, el de Margarita de Borgoña. El Buridán era un belitre, una especie de don Juan de bastidores, pillete sin talento, pero cuyos grandes ojos y piernas de Apolo seducían á las damas de provincia, porque el hombre rodaba de compañía en compañía, precedido siempre de una fama de hermoso vencedor. Sin duda Elvira, aquella admirable virgen de teatro, le pareció una conquista inapreciable; valiéndose de todas sus seducciones, y el muy fatuo no pensó en maravillarse de la facilidad de su victoria; pero desde la primera noche, *La Torre de Nesle*, bastante bien presentada y desempeñada, aun en aquella época, por los actores de provincia con todo el aparato que el género requería,

tes la llama de su vida. La pasión por el arte, el amor, todo lo había devorado Buridán; la artista y la mujer habían muerto, y no quedó más que la madre.

Volvió á encargarse de sus papeles como de una obligación, y solamente entonces echó de ver la extraña explotación que se hacía de su buena voluntad y de su inexperiencia. Como la desgracia había agriado su carácter y el pesar despertaba en ella susceptibilidades, protestó, reclamando el desempeño de papeles que estuviesen á la altura de sus facultades, é hizo esto precisamente cuando, en el desastre de su pasión, todo su talento, hijo de la juventud, de la confianza y de la candidez, parecía haberse desvanecido. Por toda contestación pusiéronle á la vista su contrata, y no faltó alguna buena compañera que la advirtiese que muy pronto no la conservarían sino por piedad.

Esta advertencia caritativa fué para ella una puñalada en el corazón. Comprendió bien que ya no había en ella fe; que su trabajo en las tablas era pesado y sin lucimiento; que sus medios, jamás dirigidos por el estudio, eran ya muy adocenados; y en fin, como le decía con aire de asombro su director, «que ya no era la misma.»

Sin embargo, era preciso alimentar al niño, vestirle y educarle. Elvira pensó en abandonar el teatro; pero en su ignorancia, ¿á qué oficio pedir la subsistencia y la vida de su Gualtiero? Por lo pronto, perdiendo el amor de la vida ficticia del teatro, conservaba el horror á la vida real. Dedicarse á cualquier comercio secundario, encerrarse en la tienda ó en el taller, ceñir el delantal negro de la costurera, y precisamente en la hora en que encienden las luces del teatro, en que los violines se afinan entre el rumor de la gente que entra y va ocupando sus asientos á la hora en que las candilejas resplandecen; mientras que en los corredores resuena la campanilla del avisador, encerrarse en el silencio de una buhardilla, entre el quinqué de escasa luz y el fuego de cok que ennegrece... ¡No! Todo el pasado de Elvira se rebelaba contra semejantes ideas; y ante tales visiones, Margarita de Borgoña creía sentir la convulsión de la muerte que helaba sus huesos.

Sin embargo, más de una gota de sangre burguesa circulaba por sus venas. Su madre, era hija de mercaderes de poca importancia, y había abandonado la tienda para seguir á un cantante. Este origen explica tal vez la extremada prudencia de Elvira apenas se encontró en lucha con las dificultades de la existencia. A los veintidós años hubiérale sido fácil hallar algún protector formal; no tenía que hacer más que elegir; pero era ya extraordinariamente previsora, pensaba en el porvenir de su hijo y tenía una nueva experiencia del amor.

Conservó, pues, su profesión, á falta de otra, y desde entonces conoció qué lamentable miseria es buscar el pan en un arte convertido en oficio, verdadero trabajo de cortesana, contra el cual la sublevaron por el disgusto, durante largo tiempo, la religión de los recuerdos y algunos últimos sobresaltos de la pasión.

La necesidad hubo de dominarla al fin; después vino la costumbre y completó su obra. Elvira se habituó á calcular; trabajó, y esforzóse para suplir con el estudio su talento perdido; comprendía bien que el ingrato público no le conservaba su afecto, ni hacía más que ganar la subsistencia, abandonándose y hasta ofreciéndose para los servicios más humildes á fin de conservar su puesto.

La situación precaria y la existencia vagabunda de cómica de provincia la espantaban; Gualtiero iba creciendo; Elvira comenzaba á preocuparse de su educación; y ya no tuvo más que un pensamiento, que no le dejó un instante de paz ni tregua: contraerse en París.

Consiguiólo al fin y osó respirar. La experiencia le había enseñado hasta qué punto son preciosos y raros esos actores á la vez modestos y prácticos en el oficio, que un director encuentra siempre dispuestos á encargarse de todos los papeles, y que son aptos para un desempeño concienzudo y correcto. ¿No basta con frecuencia una figurante torpe para desgraciar un conjunto y comprometer una escena? Sin creerse nunca indispensable, Elvira no tardó en echar de ver que se la apreciaba; y siempre buena, algunas veces sentía renacer el amor á su oficio al ver que era útil.

Para ella, jamás fué su trabajo cuestión de arte; y la seguridad condújole nuevamente á la rutina. Se la vió adoptar costumbres regulares, siendo siempre puntual para el cumplimiento de su deber; y sus compañeras, á quienes tal ejemplo molestaba á menudo y á quienes ofuscaba además la belleza de Elvira, dieron en llamarla «la señora empleada;» pero ella les dejó decir, indiferente á todo cuanto no perturbase su método de vida. Tan sólo una vez se notó en ella cierto espíritu de rebelión, unos quince años



Gualtiero, el hijo de la casualidad, el hijo de Buridán y Margarita, hallábase acorralado en un rincón

antes, cuando todos los teatros de París adoptaron uno tras otro la moda de los espectáculos en las mañanas de los domingos. Con esto se ponía fin á sus ratos de ocio domingueros, tan queridos de toda la genticilla; con esto acababa cuanto había quedado para ella de alegría en este mundo, su único reposo, su única felicidad, aquellos paseos vagabundos por las afueras, en los días de salida, llevando del brazo á su Gualtiero, que crecía y era tan hermoso con su agraciado uniforme.

Pero Elvira hubo de resignarse, y se contentó con ver un momento á su hijo, en la mañana del domingo, antes de la representación, pues jamás se presentó en el patio del colegio; y temiendo para Gualtiero la embriagueces del teatro, porque deseaba siguiese una carrera formal, prohibíale la entrada en su cuarto de actriz. El hijo obedeció al pie de la letra, sin que se manifestase en él ninguna curiosidad alarmante, y ya prometía llegar á ser un caballerito muy juicioso.

Tal vez el laceramiento producido por un sacrificio aún reciente era la causa de que aquella resignación fuese particularmente dolorosa para Elvira. Algunos años antes, un gran señor extranjero, á quien los cómicos daban entre sí el título de príncipe, se había encaprichado por la desgraciada Margarita de Borgoña, que entonces llegaba al apogeo de su opulenta belleza. En aquella época contaba treinta años; el recuerdo de sus horas de triunfo flotaba aún á su alrededor; confiábanla con la mejor voluntad papeles de importancia, y cuando bajaba á las tablas con manto de corte ó diadema real en la frente, los cómicos bromeaban, tratándola de Majestad, y acudían á besarle la mano.

Triste, aburrido ó enfermo, ocioso y huyendo del mundo, el extranjero se complació en estar junto á Elvira, cuyo pasado ignoraba, pero cuya sonrisa dulce y amable dejaba siempre en el ángulo de los labios un ligero pliegue, expresión de la amargura y del dolor. El extranjero entablaba con ella interminables conversaciones, y admirábase la rapidez con que á su lado transcurrían las horas. Elvira no era necia ni tampoco ignorante; había leído mucho; no le faltaba buen sentido, talento y corazón; y sus compañeras no tardaron en hablar de ella con misterio, llamándola señora princesa.

Cierta noche, mirándola fijamente, el extranjero anunció su próxima marcha, y como observase que Elvira palidecía, propúsole llevarla consigo.

Elvira vaciló; Gualtiero acababa de entrar en el colegio, y aquella separación había sido para ella una pena desgarradora. Al oír primero las preguntas triviales y después los discretos consejos del director del colegio, había visto elevarse ante ella el deber de retirarse poco á poco de la vida de aquel hijo sin padre, de aquel bastardo de actriz... Y en el mismo instante el príncipe se disponía á marchar.

Se explicó en términos muy claros, con una pasión seria y tranquila, con un soberbio desdén por las preocupaciones y trabas sociales y como hombre que tan sólo de sí depende. Pidió á Elvira su mano, y al saber el obstáculo que ésta opuso, ofreció asegurar á Gualtiero un porvenir más brillante que aquel que nunca podía esperar de la pobre y obscura comedianta.

Bastábale á Elvira pronunciar una palabra, y ya la tenía en los labios; el exceso de la alegría, el alborozo, la duda y tal vez el temor instintivo de tocar demasiado pronto la inverosímil felicidad que se le ofre-

cía, hiciéronla vacilar aún, y su boca se cerró de pronto. Entre Elvira y su amante acababa de pasar, rápida, una visión evocada aquel día mismo por los consejos embozados del director: era el colegio, con sus muros de prisión, con sus líneas de árboles sin hojas, sobre los cuales veíase el cielo gris de octubre: allí, entre aquellas paredes, Gualtiero, el hijo de la casualidad, el hijo de Buridán y Margarita, hallábase acorralado en un rincón, teniendo ante sí, á respetable distancia de sus puños, un grupo de sus pequeños compañeros, todos hijos de honradas familias, todos con padre auténtico, y que semejantes á una trailla feroz y cobarde, ladraban al bastardo, al hijo de la actriz.

Elvira esperó á que se calmaran los latidos de su corazón; después irguióse para contestar, y no encontró más que esta frase, pronunciada con ingenuo énfasis:

- Gualtiero no comerá nunca ese pan.

El príncipe la contempló algunos instantes en silencio, y Elvira se contuvo; pero las lágrimas subían á su garganta y ahogábanla.

Al fin el extranjero se inclinó profundamente, cogió la mano de la actriz con lentitud, aplicó en ella sus labios, hizo otro profundo saludo, y salió.

Al día siguiente encontró en su cuarto un ramo de flores y un retrato, una simple fotografía con marco de oro; pero nada más volvió á saber del príncipe.

En la noche del mismo día desempeñó el papel de Diana en la *Dama de Montsoreau*; aplaudieronla, y aquel fué su último triunfo.

Elvira comenzaba á envejecer en un oficio en que el disgusto y el enojo la agobiaban. Otra vez se le presentó ocasión de renunciar á él, pues una antigua compañera propuso asociarla á su comercio de flores artificiales. Elvira estuvo á punto de acceder; mas era preciso retirar y arriesgar sus economías, y la idea de «consagrarse á los negocios» espantó á la pobre actriz. El porvenir le pareció ahora asegurado en el teatro, y permaneció en su puesto.

Los años se siguieron, lentos y uniformes, deslizándose por el obscuro sendero de la rutina, sin más incidentes que los actos y ademanes de Gualtiero. El muchacho salió del colegio, apuntóle la barba, estudió leyes, examinóse y fué admitido en el estudio de un abogado. Era un guapo chico; no había echado jamás en cara á Elvira la irregularidad de su nacimiento, de lo que al parecer no se preocupó nunca, y soportaba con paciencia las caricias maternas. Elvira no se cansaba nunca de admirar y adorar á su hijo, el cual era juicioso, entendido en los asuntos, económico y arreglado; la madre le confiaba ahora sus ahorros, y él sabía colocarlos ventajosamente.

Dos veces á la semana concedía dos horas á su madre, haciéndole el obsequio de almorzar con ella; no evitaba su encuentro en la calle, atrevíase á saludar á Elvira de una acera á otra cuando iba con sus amigos, y el corazón de la actriz se derretía de ternura y agradecimiento.

A los cuarenta años, casi limitada á desempeñar los papeles secundarios de dueña, era ya «la tía Elvira», buena mujer por su compostura, sus ademanes tímidos y la regularidad casi maniática de sus costumbres. Su continua preocupación sobre el porvenir parecía convertirse en avaricia; no gastaba más que para su Gualtiero; privábase por él de todo cuanto era posible con satisfacción y contento, y al fin de un trimestre se daba por feliz si podía confiar á su hijo algunos luises más.

El joven tomaba el dinero, llevaba á la semana siguiente á su madre el título ó la inscripción al portador, para evitar formalidades, y no se cuidaba de lo demás. Jamás descendía á preguntar la menor cosa sobre la vida de la actriz, ni trató de averiguar nunca cuánto ganaba. ¿No debía bastarle, como indicación, cuando iba á almorzar, ver su cubierto en la mesa junto á la chimenea, el plato sobre un mantel de blancura deslumbradora y los manjares más escogidos, ostras, con un Sauterne muy regular, una perdiz y una lata de conservas sobre el velador, junto á una caja de licores?

Si después de esto, Elvira, volviendo al régimen frugal de otro tiempo, al régimen de su vida precaria y mísera de actriz nómada, no tomaba sino un caldo antes de ir al teatro, y al volver cenaba en

un ángulo de la mesa de la cocina, contentándose con alguna friolera y un poco de vino común, ¡cómo podía sospecharlo el buen muchacho! En cuanto á él, también era en este punto muy económico; comía muy barato en un figón, no tenía más lujo que su ropa blanca, sus corbatas y sus guantes, y no iba al teatro sino cuando su madre le daba billetes.

Cierta domingo del invierno, Elvira acababa de desempeñar el papel de marquesa en la *Gracia de Dios*, y terminada la función de la mañana, esperaba en el escenario la hora de representarse la de la noche; juicioso costumbre que, bajo pretexto de no verse obligada á vestirse dos veces, servíale para economizar el combustible y la luz. De pronto entró alguien para decirle que un caballero deseaba verla y la esperaba en su cuarto.

- ¿A mí?, preguntó la actriz.

Elvira vacilaba; debía haber un error; pero un pensamiento loco surgió por su mente: el recuerdo del príncipe vivía siempre fiel en el fondo de su corazón. Salió corriendo, y flaqueándole las piernas cruzó los corredores, rozando las paredes con su falda de seda; empujó la puerta y encontróse frente á su hijo.

Era la primera vez que el joven entraba en el cuarto de la actriz, y algunos minutos de espera le bastaron para inventariar su miseria: un armario de nogal, del que una puertecilla entreabierta permitía ver los trajes de calle arrugados y deslucidos; una silla de paja; un canapé de terciopelo gastado, y un espejo con marco de metal sobre una mesita de mármol blanco, amarillento ya y partido. El calor del gas que ardía en dos globos opacos en los lados de aquella, había ennegrecido el techo, roto el papel de color de sangre de buey que revestía las paredes y corroído en algunos sitios el azogue del espejo.

Una serie de frascos y botecitos se alineaban sobre el mármol alrededor de una vasta cubeta; y por todo decorado, por todo lujo, en fin, veíanse dos cuadros pendientes en la pared á derecha é izquierda del espejo: uno de ellos circular, de yeso, que había sido dorado en otro tiempo y que se desconchaba ya, contenía bajo un cristal una corona medio reducida á polvo, con una cinta de color indefinible, en que algunas manchas de orfén permitían adivinar una inscripción; en el otro, más estrecho, palidecía y borrábase ya el retrato del príncipe.

Elvira se había detenido en el umbral, chasqueada en sus esperanzas; pero acusándose al punto de esta decepción, exclamó:

- ¡Ah, querido hijo, eres tú!.

Y añadió de repente:

- ¿Qué ocurre?

Esta visita la inquietaba: veía á su hijo un poco agitado y con las mejillas coloradas; pero gallardo con su levita nueva, con su traje correcto y muy pulcro.

- Es un asunto..., un asunto de gran importancia, contestó el joven; mas por lo pronto, cierra la puerta...

Elvira obedeció, volviendo para dejarse caer sobre la silla, mientras que su hijo se acomodaba en el canapé.

- He aquí de qué se trata, mamá, dijo. ¡Oh! No



Elvira asistió oculta detrás de un confesonario á toda la ceremonia religiosa

hay por qué espeluznarte; ya lo verás. En dos palabras, vengo á decirte que me caso, y por consiguiente...

— ¡Oh Dios mío! ¡Mi Gualtiero!

Pero ¿oía la madre acaso lo que su hijo hablaba? Solamente se había fijado en las dos palabras: «Me caso,» que eran para ella agradable música. Si Gualtiero se casaba como un hijo de mujer virtuosa, el joven ingresaría en una familia, é iba á ser tronco de una progenie honrada. Elvira contempló á su hijo; veneróle con las manos unidas, y casi se arrojó á sus plantas.

Pero el pasante de abogado se levantó como si aquello le importunase.

— Te repito, dijo, que no se trata de eso por hoy, pues no tengo tiempo, y ya me has hecho perder media hora por venir á verte... ¡Con esta maldita función de la mañana!.. En fin, si quieres tener la bondad de escucharme, mamá...

La voz del joven subía de punto como si estuviera impaciente, y añadió:

— El padre, la madre y la hija han mostrado empeño en venir á este teatro para ver la función de la noche; es gente de provincia y agrádales el drama, de modo que ni el mismo diablo las haría desistir. Me esperan, pues, para comer, y dentro de una hora estaremos los cuatro en la galería.

— Quiero verlos, exclamó Elvira temblorosa y con el rostro radiante.

— Dispénsame, repuso el joven con voz breve. En esto precisamente es en lo que debemos entendernos. Si quieres mirarlos por el agujero del telón, libre eres de hacerlo y puedes disfrutar del espectáculo cuanto se te antoje; pero yo te agradecería, añadió con cierta sequedad, yo te agradecería mucho que, una vez en la escena, mirases á otra parte, sin aparentar que me conoces, y sin guiñarme el ojo, como lo has hecho dos ó tres veces ya. Debes comprender que no he ido á vanagloriarme con mis futuros suegros...

— ¡Ah!, murmuró la actriz en voz baja. Sí...; es justo.

A medida que su hijo hablaba, en el rostro de Elvira, transfigurado un momento antes, la expresión de contento se extinguió; inclinaba la cabeza con humildad y su frente se anubló.

— Quedamos convenidos, ¿no es así?, preguntó el joven.

— Puedes estar tranquilo, hijo mío, murmuró la madre.

— Gracias, mamá, y buenas noches, repuso el joven cogiendo su sombrero.

Y ya tocaba la puerta, cuando Elvira, corriendo hacia él, cogióle de las manos.

— ¡Pero, desgraciado hijo, exclamó, tú no piensas en una cosa!..

Los grandes ojos de Elvira expresaban una verdadera desesperación; faltábanle las palabras, y balbuceaba:

— Tú no les has dicho..., seguramente que no... ¿Pero cómo hacerlo, cómo hacerlo?.. Preciso será llegar á esto, pues tú no podrás casarte sin que yo...

— ¿Por qué?, preguntó Gualtiero con la mayor flemma.

Elvira quedó muda de asombro.

— Paréceme, dijo, que una madre... Cuando se tiene madre, es preciso que vaya á dar el sí, por lo menos.

El joven sonrió, y con expresión indulgente á la vez que astuta repuso:

— Las madres según la ley, sí; pero las otras..., y como tú has descuidado siempre el reconocermelo...

Elvira miró á su hijo y se estremeció; sus manos cayeron inertes sobre los pliegues de su vestido de marquesa, y quedó erguida y muda, pálida como un difunto bajo el afeite que empastaba sus mejillas.

Un poco inquieto, Gualtiero creyó de su deber buscar una frase de despedida.

— ¡Qué quieres, pobre mamá!, exclamó. ¡La ley! Por lo demás, esto no altera nada los buenos sentimientos...

Así diciendo, el joven salió.

Y aquel aposento quedó silencioso; Elvira conservaba su actitud petrificada; hubiérase dicho que la vida se había suspendido para ella, y durante algunas horas estuvo sin pensamiento, sin memoria, sin padecer.

Después, poco á poco, levantó la mirada, como si despertase de un sueño, y paseóla á su alrededor por la espantosa miseria de aquellas paredes ahumadas, de aquellos muebles destruídos casi por la vejez y el uso, de aquel espejo donde se reflejaba á la violenta luz del gas una imagen casi hedionda, una figura de mujer demacrada y marchita, que bajo el colorete y blanquete ocultaba las arrugas de su rostro como una vieja cortesana.

Después Elvira entreabrió los brazos con ademán desesperado, y prorrumpiendo en sollozos, cayó de rodillas, chocando su frente contra la pared, debajo de la fotografía del príncipe.

El matrimonio se celebró tres semanas después. Elvira, aunque aquejada hacía algunos días de profundo abatimiento y dolores en el corazón, asistió, oculta detrás de un confesonario, á toda la ceremonia religiosa. Al día siguiente, después de la representación, vióse obligada á tomar un coche, y tuvo la precaución de advertir á su portera que avisase en el teatro si en los días siguientes no le era posible salir. La portera, muy inquieta por la mañana, subió á la habitación de Elvira y encontróla muerta en su lecho. El médico forense inscribió en el parte que debía dar las siguientes palabras: «Ruptura de un aneurisma.»

TRADUCIDO POR ENRIQUE L. VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

CURIOSO EXPERIMENTO DE ELECTRICIDAD

ILUMINACIÓN DE UNA NARANJA

Vamos á describir un experimento de hermoso efecto que ha ejecutado M. C. Limb, preparador del profesor Lippmann en la Sorbona de París.

Sobre un pedestal aislado se coloca una naranja en cuyos dos polos se clavan dos agujas móviles sostenidas por dos pies de cristal: una de ellas está en comunicación con la armadura exterior de una potente batería de botellas de Leyden que se carga por medio de una máquina Holz. La figura 1 representa la disposición del experimento. Cuando se ha acumulado una cantidad de electricidad suficiente, se aplica una rama de un excitador á la aguja y otra al polo interior de las botellas, produciéndose entonces una fuerte chispa mientras la naranja se ilumina con un color encarnado muy vivo que le da el aspecto de un globo de fuego (fig. 2, á la izquierda).

Si se repite el experimento haciendo girar la naranja de manera que su eje sea perpendicular á la dirección de las agujas, la descarga recorre la superficie de aquella sin iluminarla (fig. 2, á la derecha).

Este último hecho se explica por la diferencia de resistencia de las fibras en las diversas direcciones, que constituye una propiedad común á todos los cuerpos leñosos.

La diferencia del resultado de los dos experimentos demuestra que la mayor parte de la descarga

Las descargas en el sentido del eje estropean muy poco la naranja; en cambio, cuando, por excepción, la atraviesa una chispa en dirección perpendicular, la destruye.

El experimento da un resultado casi igualmente bueno con otras frutas que se iluminan con diversos colores.

C. E. G.

**

LOS FERROCARRILES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los ferrocarriles norteamericanos están regidos por una ley que crea una comisión especial encargada de hacerla cumplir. De seis años á esta parte, esta comisión publica anualmente una memoria: de la correspondiente al ejercicio de 1892 á 1893 tomamos los siguientes datos.

La longitud total de la red era en 30 de junio de 1893 de 282.337 kilómetros, lo cual representa un aumento de 7.836 kilómetros sobre el año anterior.

El número total de locomotoras en servicio era de 34.788, ó sea un aumento de 1.652 en un año; el de los vagones llegaba á 1,273.946, de los cuales 154.068 son alquilados por las compañías y 31.384 están afectos al servicio de viajeros.

El número medio de viajeros transportados por cada locomotora fué de 66.268 y el de mercancías de 40.062: el número total de viajeros que circularon por los ferrocarriles ha sido de 593,560.612 y el tráfico total se ha elevado á 745,119.482 toneladas.

Los ingresos líquidos realizados en el ejercicio cerrado en 30 de junio de 1893 fueron de 6.103,759.370 francos, cantidad que representa un aumento de 246,722.655 francos sobre el ejercicio anterior.

El capital empleado en los ferrocarriles se eleva á más de 50.000 millones de francos y el coste de las líneas viene á resultar por término medio á 20.000 francos por kilómetro.

La cantidad repartida como dividendos ha sido de 504,649.425 francos, y sin embargo más del 61 por 100 de los accionistas de ferrocarriles no han percibido dividendo alguno.

Durante dicho ejercicio el número total de empleados era de 873.602, ó sea 52.187 más que el año anterior: de ellos 35.381 estaban afectos á los trabajos de administración general; 256.212 al entretenimiento de las vías, 397.915 á la explotación y 8.627 á servicios no clasificados.

El número de empleados muertos en 1892-1893 ha sido de 2.727, es decir, 173 más que en el ejercicio anterior, y el de heridos de 31.729, ó sea 3.462 más que en 1891-1892.

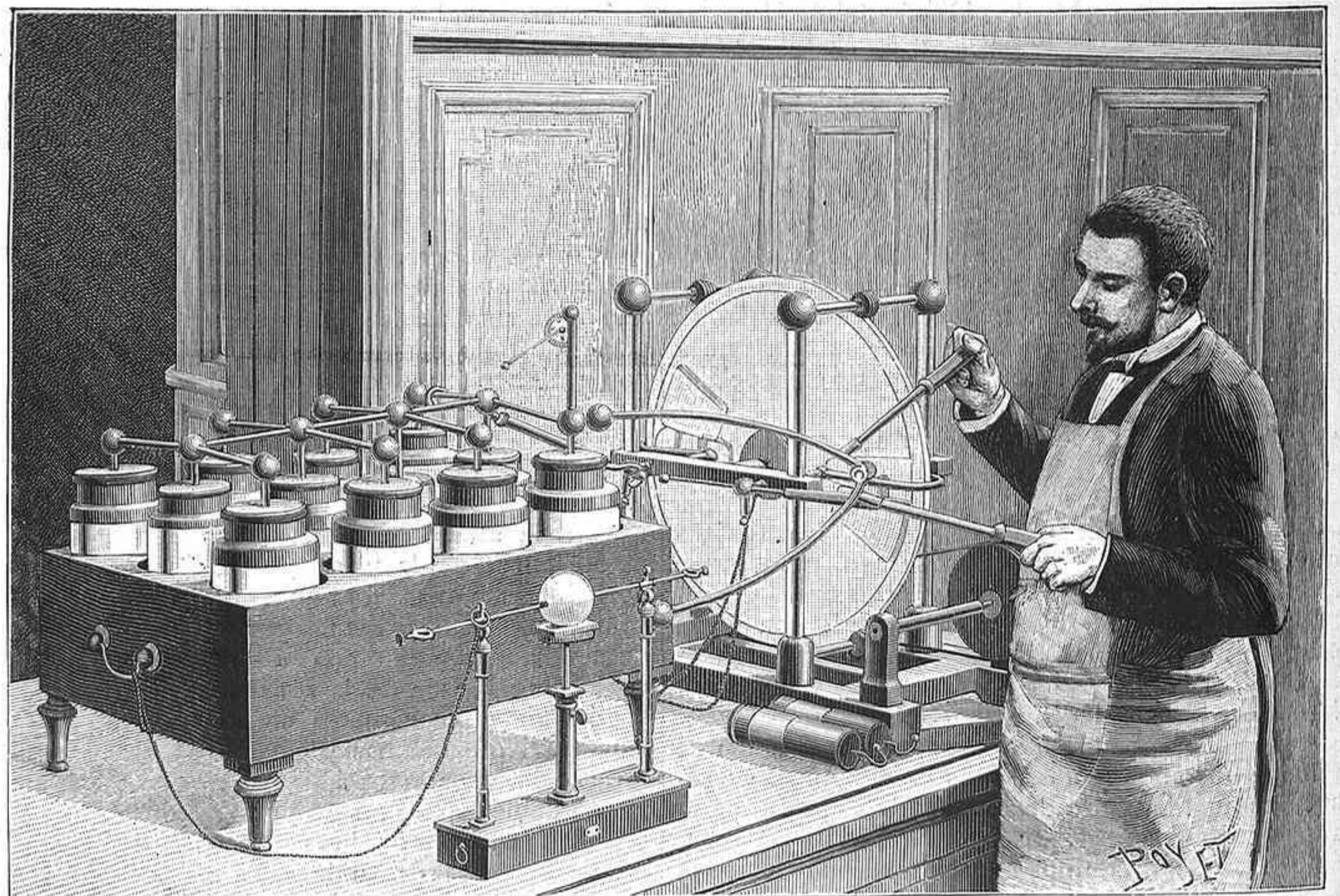


Fig. 1. — Experimento de la naranja electrizada realizado en el laboratorio de física de la Sorbona

pasa por el interior de la naranja: en efecto, si pasase por la piel, ó inmediatamente por debajo de ésta, la posición de las agujas sería indiferente. Parece, pues, probable que la luz se produce en el interior del fruto y atraviesa enteramente la corteza de la misma, que aparece á la altura de la chispa más transparente de lo que á primera vista se hubiera podido creer.

La cifra de viajeros muertos se ha elevado á 299 y la de heridos á 3.229.

El término medio de empleados muertos representa el 1 por 320, pero esta proporción llega á 1 por 115 respecto de los que van con los trenes.

**

LOS TRANVÍAS ELÉCTRICOS

En una comunicación publicada recientemente por el periódico científico *Engineering* da cuenta M. R. Blackwell de algunos resultados muy interesantes relativos a la explotación de los tranvías eléctricos. De éstos había á fines de 1892 en explotación en los Estados Unidos 13.415 con una longitud total de vías de 9.550 kilómetros; á fines de 1893 el número de aquéllos había aumentado hasta 18.233 y la longitud de vías hasta 12.000 kilómetros.

En aquella fecha, el número total de tranvías era de 18.233 con una longitud de 19.600 kilómetros.

En Inglaterra, los gastos de explotación oscilan entre 70 y 85 por 100 de los ingresos; en América esta proporción no pasa de 50 á 73 por 100. El gasto por coche y kilómetro en los tranvías de tracción animal es de 50 á 60 céntimos,

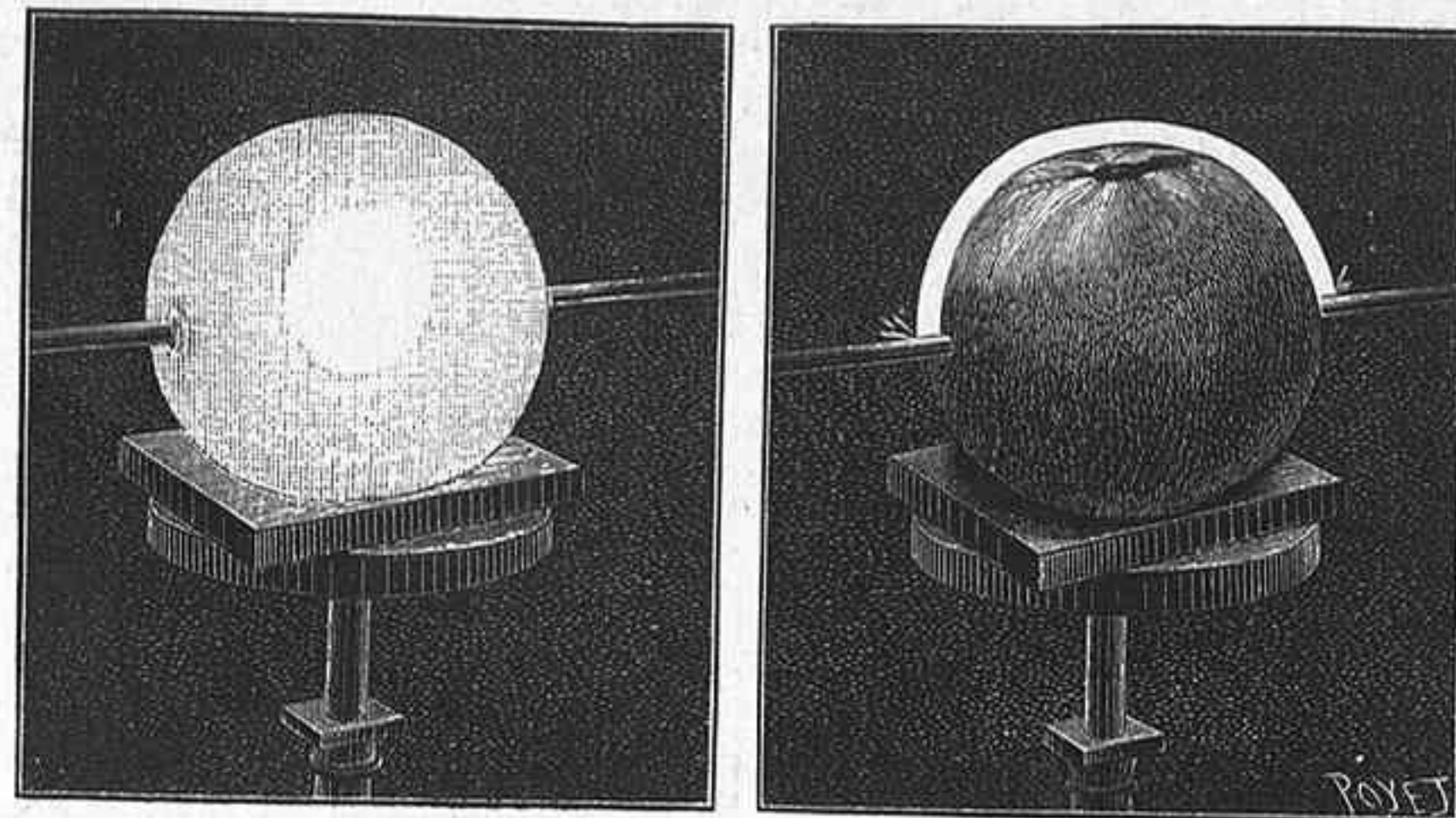


Fig. 2. - La naranja electrizada: á la izquierda la naranja presenta el aspecto de un globo de fuego; á la derecha la descarga rodea á la naranja sin iluminarla.

al paso que en los Estados Unidos es en los tranvías eléctricos de 25 á 45 céntimos.

La mayor red de tranvías que existe en el mundo está explotada en América por la *West End Street Railway Company* de Boston: á fines de 1893 la longitud total de las líneas de esta compañía era de 432 kilómetros, de ellos 293 de tranvías eléctricos. El número de coches arrastrados por fuerza animal era de 826 y el de coches eléctricos de 1.346, siendo el número total de coches-kilómetros de 30 millones, de los que 22.800.000 correspondían á los coches eléctricos. La proporción entre los gastos de explotación y los ingresos ha sido de 68 á 100. El capital total necesario para la instalación eléctrica es de 38.040.345 francos.

El *Engineering* termina publicandome algunos datos sobre la proporción entre los gastos é ingresos y sobre los gastos por coche y kilómetro en algunas ciudades: este último gasto es de 18 céntimos en Pittsburgo, 41'5 en Chicago, 47'8 en Rochester, 16 en Halle, 37'8 en Guernesey, 24 en Murten (Suiza) y 28 en Francfort.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau - Paris.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEPÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de Éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
 DE VIVAS PEREZ
 Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.
 Recomendados por la Real Academia de Medicina.



CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de *Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos y Diarreas* de los

Tísicos; de los Viejos; de los Niños, Cólera, Tifus, Disenteria; Vómitos de las Embarazadas y de los Niños.

Catarros y Ulceras del Estómago; Píroxis con Eruptos Fétidos; Reumatismo y Afecciones Húmedas de la piel.

Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados que son la admiración de los enfermos.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS. — DESCONFÍAR DE LAS IMITACIONES

APIOL
 de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las *Épocas*, así como las *pérdidas*. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.
 MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{tes} LONDRES 1862 - PARIS 1889
 Far^{ia} BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la *Carne*, el *Hierro* y la *Quina* constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anemia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTIGAS
EXIJASE el nombre y la arma AROUD

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas*.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
 preparado con bismuto
 por **Ch. Fay**, perfumista
 9, Rue de la Paix, PARIS



¡A ESE!., dibujo original de Carlos Arregui

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— PREGIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
 JAQUEGAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR
 Exigase la Firma y el Sello de Garantia.— Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA Dosis: 0 gr. 125 de Polvo. Verdadero específico del **ESTREÑIMIENTO HABITUAL**
IODURO de HIERRO y CÁSCARA 0 gr. 10 de Ioduro, 0 gr. 03 de Cáscara.
 El mas ACTIVO de los FERRUGINOS. No produce estreñimiento.
 PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers.— Muestras gratis á los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{le}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria